Angel Guimerá

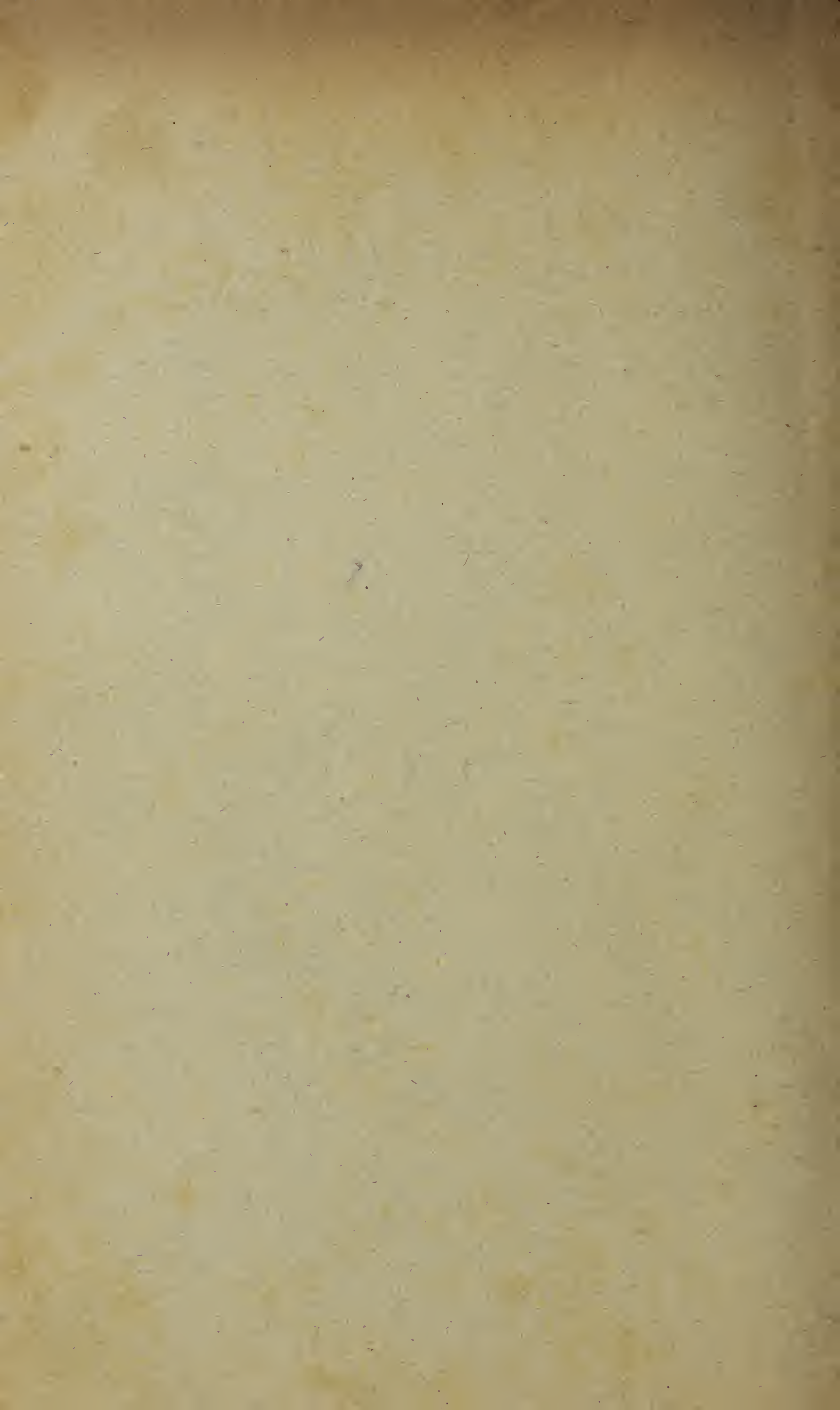
Gala Placidia

TRAGEDIA

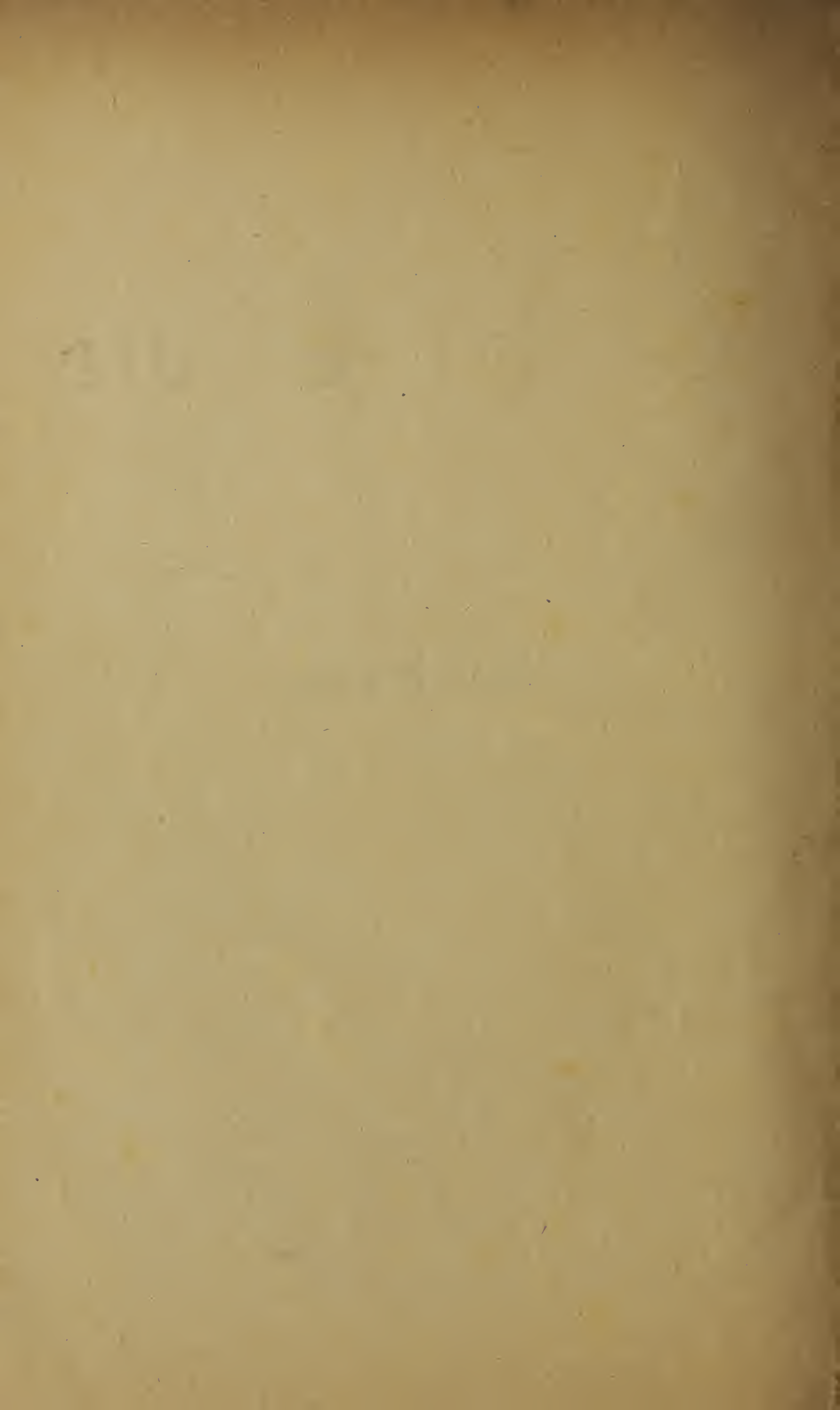
TRADUCIDA DEL CATALÁN POR

J. Pujol y Brull





GALA PLACIDIA



Angel Guimerá

Gala Placidia

Tragedia en tres actos, traducida del catalán por

J. Pujol y Brull

Prefacio de Luis Vía



CASA EDITORIAL DE TEATRO
Bonavía y Durán, Impresores. - Boquería, 20
BARCELONA - 1916

PREFACIO

Con la tragedia *Gala Placidia* empezó Guimerá a dar al teatro, en 1879, lo que antes diera a la poesía lírica: una plasticidad y un nervio desconocidos entre nosotros. El autor de *Cleopatra,* de *Indibil y Mandoni,* de *L' any mil,* de *Lo cap d' en Joseph Moragues,* de *Poblet*, de *Cant del Diable*, de *Jael*, de *María de Magdala* y de cien evocaciones bíblicas de insuperable encanto, no daba por cumplida su misión con haber causado los deliquios de un vasto cenáculo de leyentes. Debía con sus portentosas concepciones magnificar todo un teatro y elevar el espíritu de todo un pueblo.

No basta la exacta y escrupulosa documentación para reconstruir una época. Hay que darle un ambiente, hay que infundirle un alma; y esto se logra menos por inducción que por emoción: esto se logra siendo poeta. En España, dentro del teatro *de época,* no sé de poeta alguno que pueda medirse con Angel Guimerá, ni conozco ningún caso de asimilación comparable al del gran romántico catalán. Sin abusar de nimiedades arqueológicas, recurriendo más bien, como dijo Yxart, a las grandes líneas de la estatuaria monumental, Guimerá ha puesto en juego «aquellos poderosos elementos de fantasía que se extienden fuera del marco del proscenio como una niebla legendaria.»

Guimerá es el pintor de las grandes perspectivas que se

esfuman en lejanías de ensueño, y es también el estilista vigoroso y sobrio, a quien basta una pincelada para dar la impresión de un cuadro. Si embarga y suspende el ánimo con la llamada *harmonía imitativa* de que están llenas sus pomposas descripciones, no es menor el efecto producido con sus contrastes bruscos, con sus transiciones rápidas, con la rara energía de su lenguaje, que halla frecuentemente la mayor elocuencia y la mayor verdad en su propio laconismo.

Los románticos castellanos de a mediados del pasado siglo bebieron, al parecer, en las mismas fuentes que nuestro dramaturgo. Ingenios como Víctor Hugo y Schiller, entre otros, influyeron en sus orientaciones; pero lo esencial, el documento humano, apenas si influyó en ellos de un modo directo. Mucho lirismo palabrero, y ausencia casi absoluta de verdad en el trasunto de caracteres y de pasiones: he aquí la característica de aquellos dramaturgos. El honrado e ilustre Hartzenbusch, el genial Duque de Rivas y algún otro, son verdaderas excepciones en aquel teatro de nobles y exaltados ideales, pero también de convención y de espejismo, en que se aplaudieron como concepciones sublimes los pobres y atormentados engendros de un Gil de Zárate.

Las influencias a que Guimerá estuvo sujeto, en modo alguno alteraron, ni dieron ni quitaron relieve, a una personalidad de suyo potentísima. El idealismo ingertado, bueno o malo, no mató la visión personal o la adivinación inspirada. Los héroes de nuestro poeta son, ante todo, hombres, y como tales se expresan en los momentos supremos con shakesperiana concisión, que vino a contrastar con el lenguaje ampuloso y huero de que hacían gala otros autores. Guimerá, en la tragedia histórica, más que adaptarse a los moldes a la sazón en uso, hizo obra de asimilación directa, de adivinación peregrina, de poesía profunda y maravillosa, y su teatro de época, brillante sin oropeles, tiene una fuerza de evocación y una humanidad inconfundibles.

Después de leer el tomo de versos de Guimerá publicado en 1888, dijo Menéndez y Pelayo en su elogio que todo el lenguaje y toda la poesía de este autor se condensan *en imágenes*. Pero examinemos su teatro, y fijémonos en aque-

llas escenas en que los personajes hablan sólo *por monosílabos.* Nuestra admiración será, si cabe, más intensa. Despojadas las figuras del ropaje brillante que con gallardía ostentan, hallaremos nervios en tensión, carne palpitante; las mayores rudezas y también las más hondas ternuras; el alma entera que se entrevé en un gesto, que asoma a los labios o a los ojos en una sonrisa o en una lágrima. La musa de Guimerá es la musa popular, que modernamente han comentado y han hecho culta los Bédier y los Paris, y que nuestro dramaturgo ha hecho genial. Su genio puede simbolizarse en la brillante peroración de un héroe en momentos apoteósicos, pero puede encarnar aun mejor en un campesino hercúleo tomando un niño en brazos y diciéndole sencillas ternezas. Guimerá es a veces incorrecto y anguloso, pero, como Shakespeare, *ahonda en las almas.* Recuérdese el laconismo del final de *Mar y cel,* y piénsese en la larga tirada de versos que otro autor, más pobre en medios, hubiera puesto allí, falseando la situación y atentando a la verdadera emoción dramática.

Para apreciar estas excelsas cualidades hay que leer a Guimerá en catalán; porque es arriesgada empresa la de traducir sus versos pretendiendo conservar la energía del soberbio original. Pero tal vez no sea ésta la causa de que ciertas obras teatrales permanezcan sin traducir. La verdadera causa está en la creencia de que han pasado de moda, o de que no hay actores capaces de interpretarlas. Dramaturgos mediocres han alcanzado renombre y hasta han llenado una época sólo por haber tenido intérpretes, gracias a los cuales la compenetración entre autor y público nada ha dejado que desear. Guimerá, en sus dramas de época, no ha tenido verdaderos intérpretes jamás. Sin embargo, su teatro poético ha pasado por las tablas, ha llegado al corazón del público, y ha dado al poeta y a las letras catalanas indiscutible glória.

El traductor de *Gala Placidia* sabe bien todo esto cuando se decide a dar a luz su traducción, siguiendo el ejemplo que iniciara Gaspar en 1888 con *Mar y cel,* y después con *Judit de Welp.* Vino luego la traducción de *Andrónica* por López Ballesteros, y las de *Jesús de Nazareth* y *L' ànima*

morta por el que estas líneas escribe. Sabemos de Palomero que dejó terminada la traducción de *Lo fill del Rey*. ¿Quién o quiénes darán a conocer en castellano *Lo camí del sol, Les monges de Sant Ayman*, el *Rey y Monjo,* etc., etc.? ¿No hay en la vieja Castilla quien acabe de traducir a un autor catalán que en vida actúa ya de clásico, y alguna de cuyas obras ha sido vertida a diez y nueve idiomas?

Seguro estoy de que Pujol y Brull llevará muy a bien el que me haya ocupado más del autor que de su traducción. Inédita la ha mantenido por espacio de muchos años, y hoy la publica con el propósito de tributar su entusiasta homenaje al poeta, cuya gloriosa labor ha ido siguiendo paso a paso, en completa identificación. Para ser justo, cúmpleme decir que no le conozco a Guimerá otro traductor que, *en verso,* haya alcanzado resultado más completo. En achaque de traducciones versificadas, la literatura suele andar reñida con la exactitud. Hay que optar por la una o por la otra. O *versión fiel* en prosa, o *adaptación* en verso, parafraseando aquello que no pueda ser directamente reflejado. En ninguno de los dos casos se conservará la belleza primordial, que reside en el espíritu del idioma; y en ambos, todo traductor correrá el riesgo de la premiosidad, o el de la insuficiencia. Pujol ha conciliado en lo posible estos extremos, y el objeto de mi prefacio no es sólo recomendar esta versión como ella se merece, sino cooperar con su autor al propósito de que Guimerá sea, fuera de Cataluña y dentro de España, más conocido y estudiado; y, especialmente, el Guimerá de aquellos tiempos en que la musa legendaria, llamando a su corazón y a su fantasía, le sugirió poemas de tan lozana hermosura y de tan fuerte humanidad como *Gala Placidia, Rey y Monjo* y *Les monges de Sant Ayman.*

Luis Vía

PERSONAJES

Gala Placidia
Ledia
Vernulfo
Ataulfo
Sigerico
Varogast
Velia
Celio
Marcio

Nobles, Soldados, Esclavos

Barcelona. Año 416

Los actos primero y tercero, en la ciudad; el segundo, en un castillo-palacio emplazado en las riberas del Llobregat.

La obra original fué estrenada en el Teatro de Novedades de Barcelona, el dia 8 de Mayo de 1879, con el siguiente reparto:

Gala Placidia, Doña Carlota de Mena; **Ledla,** Doña Dolores Ricart; **Vernulfo,** Don Antonio Tutau; **Ataulfo,** Don Juan Bertran: **Sigerico,** Don Juan Isern; **Varogast,** Don Miguel Pigrau; **Velia,** Don Arturo Carreras; **Celio,** Don Luis Llibre; **Marcio,** Don N. Cuffí.

ACTO PRIMERO

Cámara en el palacio de Ataulfo. Gran puerta al foro; a la izquierda otra puerta cubierta por un tapiz. Mesa, con pergaminos y lo necesario para escribir, próxima a una ventana de la derecha; en las paredes trofeos con toda clase de armas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ATAULFO, *sentado junto a la mesa;* CELIO, *acabando de leer un pergamino*

CELIO — Señor, este mensaje es de Arbojilda.
ATAULFO — Mi caudillo de hierro.
CELIO — En él se queja
de la inacción de tus guerreras huestes
y añade que, afanosas de pelea,
conspiran sin reposo.
ATAULFO — Di a Arbojilda
que el Rey descansa en su leal firmeza.
CELIO — *(Tomando otro pergamino y desenrollándolo.)*
Este pliego es de Italia.
ATAULFO — *(Con interés.)* ¡Oh, si llegara
la respuesta por fin!...
CELIO — *(No atreviéndose a leer, ante lo que ve escrito.)*
Señor...
ATAULFO — ¿Qué esperas?
CELIO — *(Leyendo.)*
«Salud al vil profanador de Roma...»
ATAULFO — *(Con ira.)*
¡Celio! ¿Qué dices?

(Celio intenta esconder el pliego.)

(*Tomándoselo.*) No; que yo lo vea.

CELIO No es del Emperador...

ATAULFO ¿Que no es de Honorio?

(*Mirándolo.*)

¡De Constancio!

(*Echándolo sobre la mesa con amargura*)

CELIO ¿Va al fuego?

ATAULFO (*Volviendo a cogerlo.*) Dame. Espera.

(*Leyendo.*)

«En vano humillas la cerviz al polvo;
no obtendrás el perdón nunca del César.
Te has desposado en vano con la víctima:
que al tálamo nupcial mi imperio llega...»

(*Estrujando el pergamino*)

¡Que soy el fuerte yo y eres tú el débil,
insensato Constancio, no recuerdas!
¡Polilla de un imperio que despojas
porque su rota púrpura te envuelva!
¡Ay de ti y de tu raza envilecida
si el goce de la lucha en mí despierta!
¡Como el rayo al caer en vieja torre
polvo hace del adarve y las almenas,
así heriría mi triunfante espada
el trono secular donde tú medras!
Mas, logré para mí mayor victoria:
tengo a Placidia. Tórnalo pavesas.

(*Dándole el pergamino. Celio lo quema.*)

ESCENA II

MARCIO *y los anteriores*

MARCIO Un mancebo, Señor, llegado ahora
de más allá de las hispanas tierras,
demanda hablar contigo.

ATAULFO Es franco el paso.

CELIO Su nombre ignoras...

ATAULFO Ataulfo espera.

(*Vase Marcio.*)

CELIO ¿Y si fuese un traidor?..

ATAULFO ¡Al fin de Roma!
¿Cómo queréis vencer, si sois cual hembras?

ESCENA III

ATAULFO, SIGERICO, CELIO

SIGERICO ¿Eres el rey Ataulfo?
ATAULFO Habla, mancebo:
yo soy.
CELIO (No es cobardía la prudencia.)
(Se sienta y escribe.)
SIGERICO Rey, no te enojes si faltado vengo
de porte cortesano: allá en mi tierra
nuestros padres el juego de las armas
y el gobierno del bruto sólo enseñan.
ATAULFO No eres galo... ¿Eres hijo de la Hunia?
SIGERICO Godo, señor.
ATAULFO Así, tu patria es ésta:
entre godos estás. ¿Ya de Ataulfo
se olvidan en la Thracia? ¿Tan ligera
la señal de mis pasos fué en la vida
que antes que yo desvanecerse pueda?
SIGERICO Atiéndeme, Señor: En plena infancia
a mis padres perdí; las nobles gestas
de aquellos héroes que a la patria mía
le dieron el Escáns, la mar Tirrena,
escuché hasta una edad en que he sentido
en mi pecho la sangre latir fiera.
Y tomando la espada que mi padre
blandió leal, lancé en veloz carrera
mi caballo hacia el Sur. De pueblo en pueblo,
tu rastro por seguir, corrí la tierra.
En las puertas de Italia preguntaba
a las gentes por ti; mas todas ellas
encogiendo los hombros me mostraron
del sol la vía. Traspasé las sierras
de los Alpes gigantes: y en sus rocas
los de allí me enseñaron aun impresas
las huellas de tus carros. Por la Galia
corrí mil veces: sus obscuras selvas
camino angosto a la ondulante sierpe
de tu milicia abrieron; las cortezas
de los añosos robles, escindidas
por el roce al pasar, vi entre las peñas;
y escudos polvorientos y abollados

que yacían del bosque en la maleza
tal como escamas del reptil caídas.
A lo lejos, un día, cuando incierta
murió la luz, las torres de Narbona
confusas divisé; y «En esas tierras,
tras vencer, fué vencido» me dijeron:
«aun el eco retumba de las fiestas;
al dulce son de acordes armoniosos
prosigue esclavo de gentil doncella,
bajo palio llevado por caudillos
que trocó en siervos por guardar la presa.»
Y en medio de sarcasmos y de burlas
mostráronme el camino de la Iberia.
Y aquí estoy ya: y aunque ésta es Barcelona,
tampoco nuestro Rey aquí se encuentra:
y es que, Señor, al pie de esas murallas,
del palacio a la entrada, en tu presencia,
doquier hallando la malvada Roma
que se nutre al calor de tu grandeza,
sospecho avergonzado que Ataulfo,
disputando el imperio de la tierra,
las luchas acabó de gloria henchido
y eres tú usurpador de su fiereza:
tú, que un mundo has perdido y que te amparas
humilde del Pirene tras las sierras,
y la púrpura vistes del vencido
a cambio de estas pieles que desdeñas.

ATAULFO ¡Oh, hijo soberbio de mi patria augusta,
cuánto me place tu feroz nobleza!
Tú hablas al alma, que al mover los labios,
la ambición de los siervos no te alienta.
Cesó la tempestad: ya nadie mira
allá do se confunden cielo y tierra
la mancha gris de una incipiente nube
que esparce obscura sombra en su carrera.
Y esa nube soy yo. Mas ¿qué me importan
los seres que me olvidan o desprecian
si al albur de mi antojo tengo a todos?
Aun la espada que empuño con mi diestra
es la que a Roma hirió; bien la conocen.
Cuando me plazca a mí, la nube aquella
que ahora no ven, alzándose gigante
llenará los espacios; y deshecha
en tempestad rugiente, como espigas
derribará las razas opulentas,
tendiéndolas inertes sobre el lodo

para que en lodo inmundo se conviertan.
Con Ataulfo está la patria goda;
y la Gothia es el centro de la tierra

SIGERICO — Grato es, Señor, perdida la esperanza,
recobrarla de pronto; ahora me alienta
tu voz, y me fascina.

ATAULFO — Eres muy joven.
(Tristemente.)
Tus años no adivinan que, en su esencia,
el mundo que se ve sólo es reflejo
de otro mundo sumido en lucha eterna
que llevamos aquí. *(En el pecho.)*

SIGERICO — Si te he ofendido,
perdona. Es Roma el yunque, tú la férrea
maza que lo golpea... ¡Al fin renazco!

ATAULFO — ¿Cuál es tu nombre?

SIGERICO — Sigerico.

ATAULFO — ¿Aceptas
en mi guardia de honor un sitio?

SIGERICO — Acepto;
y pago de él será mi vida entera.

ESCENA IV

Los mismos, VAROGAST, VELIA, NOBLES. *Entran hablando, antes de terminar la escena anterior.*

ATAULFO — Preguntad, caballeros, al valiente
que de Thracia llegó, por nuestra tierra.
Es fuerte y es leal. Como un amigo
contadlo entre mi guardia.

SIGERICO — *(Va a besarle la mano.)* Señor...

ATAULFO — *(Negándose.)* Deja
resabios de humildad propios de Roma.
(Celio cesa de escribir y se acerca a los nobles.)
Nada le falte, Celio. (¡Todo enseña
a sacudir el yugo! ¡Cuán gravoso
es, Placidia, tu amor a mi conciencia!) *(Vase.)*

ESCENA V

SIGERICO, VAROGAST, VELIA, CELIO, NOBLES

VAROGAST — El Rey te ha consagrado nuestro amigo.
(Dándole la mano.)

SIGERICO — Con toda el alma.
(A Celio.) Mas, no a ti; que es mengua
la amistad del romano.

VELIA — Aún de la raza
la fe y la dignidad puras conservas.

CELIO — *(A Sigerico.)*
La voluntad del Rey godo me ha hecho;
no soy de Roma ya, si antes lo era.

SIGERICO — Como a romano vil te aborrecía..
¡hoy más aún porque a tu patria niegas!..
Decidme, buena gente, un nombre propio,
que mi mente ofuscada no lo acierta,
para escupir traidores

CELIO — Miserable!
¡En tu frente caerá tanta soberbia! *(Vase.)*

ESCENA VII

SIGERICO, VAROGAST, VELIA, NOBLES

VAROGAST — Debieran cual tú ser los hombres todos
y el trono a los malvados no encubriera.

SIGERICO — Mi odio eterno será: desde la infancia
mi noble padre lo infiltró en mis venas.
¡Ay de los viles si del sueño eterno
despertara, en que yace!.. ¡En la pelea
sucumbió asesinado!

VELIA — Siempre infames
han sido los de Roma.

SIGERICO — ¡Para mengua,
fué godo el asesino!

VELIA — ¿Y te vengaste?

SIGERICO — Conocerle y matarle, aunque la empresa
me costara la vida: ¡esta es mi gloria!

¡la única ambición que mi alma alienta!

(Oyese a lo lejos el toque de un cuerno de guerra.)

¿Esa señal?..

VAROGAST — Anuncian esos sones
que han visto flamear, los centinelas,
la luz de las antorchas que preceden
en su camino a la orgullosa Reina.
Un castillo y jardines, Ataulfo,
del fértil Llobregat en la ribera
ha mandado emplazar para su amada.
Cuando declina el sol tras de la sierra,
regresa a la ciudad.

VELIA — Ven; que a su lado
todo es romano.

(Se acercan todos a mirar por la ventana, y hablan.)

ESCENA VII

VERNULFO, VAROGAST, VELIA, SIGERICO, NOBLES

VERNULFO — *(Desde el foro, hasta que le habla Varogast.)*
(Ya la noche impera.
El grito de esas trompas me estremece,
que anuncia su regreso. ¡Esclavo de ella
me siento aun hoy, y en vano la rechazo!...
¡No es vida, no, la vida en lucha eterna
con la materia el alma! ¡No podemos
vencer del pecho una pasión funesta
y a los pueblos domar quiere el orgullo!...)

VAROGAST — Vernulfo!

VERNULFO — ¡Oh, Varogast!

(Todos se le aproximan, excepto Sigerico, que permanece en la ventana.)

VELIA — En su litera
acaba de llegar Gala Placidia.

VAROGAST — ¿Qué causa tu pesar y tus tristezas?
¿Te enojamos?

VERNULFO — Oh, no; ¿puedes pensarlo?

SIGERICO — *(Dejando de mirar por la ventana. Dice por Velia y Varogast.)*
(¡Cuán distinto soy de ellos! ¡Qué vergüenza!
(Por lo que ha visto desde la ventana.)
¡Aquí son vencedores los vencidos!)

ESCENA VIII

VERNULFO, VAROGAST, VELIA, NOBLES

VAROGAST ¿Acaso es el amor lo que te apena?
Vernulfo, ¿lo acerté?

VELIA Son las mujeres
como el viento.

VERNULFO *(Señalando su espada.)*
Mi amor sólo es por ésta.

VAROGAST También lo notó el Rey; que ayer decía
a su esposa Placidia...

(Vernulfo escucha con interés.)

VELIA ¿Te interesa?

VAROGAST Que advierte en ti señales...

VERNULFO Habla... Oíste...

VAROGAST Decía el Rey que ha tiempo que te observa
y que te ve cambiado...

VERNULFO Di... ¿y Placidia?..

VAROGAST «¿Qué interés un soldado te despierta?»
le atajó con desdén y menosprecio.

VERNULFO ¡Oh, calla, por piedad! ¡No hables más de ella!

VELIA ¡Extraño afán! ¡Pero arde tu semblante
y es fiebre de pasión la que te altera!

VERNULFO No sé mentir; ya es vano el fingimiento.
¡Rebosa, corazón, la hiel que encierras!
Aborrezo a Placidia, a esa romana
ante la cual nuestro poder flaquea.
Con la eterna sonrisa a flor de labio,
su acento dulce, pérfido, envenena.
Al recordar que un día nuestra patria
y el porvenir del Rey tuve en mi diestra,
olas de sangre en desconcierto loco,
frenéticas riñendo cruda guerra
veo doquier, y en mi cerebro estallan...
¡Noche de maldición, noche funesta
para Roma y también para la Gothia,
en que a mi Rey llevéla prisionera!
¡Por qué al sentirla sobre el pecho mío,
como paloma del milano presa,
a cambio del calor que me robaba
no la estrujé cual lirio con mi diestra!
Aun anida en mi mente aquel recuerdo:

Siguiendo nuestros bravos muy de cerca,
pasamos por la puerta Mamertina.
Anochecía ya; la luz de puesta
en las bruñidas armas oscilaba,
y a lo lejos, al fin de la pradera,
manchas de sangre al resplándor siniestro
de las llamas fugaces de las teas.
Por la alfombra tupida de cadáveres
pasé loco; de pronto luz intensa
la ciudad envolvió; fijo la vista,
¡y eran las casas infernal hoguera!...
Y proseguí mi marcha, ciego, errante,
y el fuego me envolvió; entre la humareda,
caminando al azar, siento unas gradas
bajo mis pies, y un grito entre la niebla
a mi oído llegó: voz de agonía
como de un arpa al estallar las cuerdas.
Silban las llamas al lamer los muros;
a mi paso las bóvedas se agrietan;
de pronto un muro cruge y se derrumba,
y a mis ojos un godo se presenta
con el rostro encendido, no de fuego...
¡de lujuria! Sus brazos hacen presa
de una mujer, que lucha ferozmente
por evadirse de ellos. Como fiera
por una y otra estancia le persigo,
le acorralo por fin, mi mano aferra
su ropaje, mi acero en sus entrañas
se clava, y le arrebato la doncella
mientras su cuerpo rueda por las gradas
entre encendidos leños y pavesas.
Y esa mujer a quien salvé la vida,
esa mujer que exámine, indefensa,
pero con honra presenté a Ataulfo
entre peligros mil, ¿sabéis quién era?
Pues la hermana de Honorio; la orgullosa
Gala Placidia.

VAROGAST — Cállate: ¡la Reina!

ESCENA IX

PLACIDIA, LEDIA *y los anteriores. Nobles y Esclavos con antorchas encendidas acompañan a la Reina hasta la puerta del foro; después de las dos primeras palabras de Placidia, se retiran sin haber entrado en escena.*

PLACIDIA — Gracias, señores. *(A los que la acompañan.)*
(A Ledia.) Ledia.

VERNULFO — *(Varogast y Velia quieren dominar su ira. Vernulfo, apartándoles, les dice:)*
No. Dejadme.
¡Sufra por mí lo que sufrí por ella!

PLACIDIA — *(Saludando a todos, disponiéndose a entrar en su estancia.)*
Señores...

VERNULFO — *(Interceptándole el paso.)*
Un instante.

VAROGAST — *(Conteniéndole.)* ¡No, Vernulfo!

PLACIDIA — *(Sorprendida, a Vernulfo.)*
Si es una gracia... al Rey. Sígueme, Ledia.

VERNULFO — *(Deteniéndola.)*
Le das el poder tú; sólo tú mandas,
y necio afán calor buscarle fuera
al reflejo del sol en la corriente
y no al sol mismo que el calor engendra!

PLACIDIA — A Ataulfo, te he dicho; es Rey... y es hombre;
y el astro yo no soy.

VERNULFO — *(Con amargura.)* Sí, pues le ciegas.

PLACIDIA — *(Acercándosele, con altivez y ofendida.)*
¿Quién eres tú?

VERNULFO — *(Con ironía.)* Un vil godo.

PLACIDIA — *(A media voz.)* Lo supuse...

VELIA — ¡Oh, Vernulfo!

PLACIDIA — *(Con imperio y desprecio.)*
¿Qué quiere?

VERNULFO — *(Con odio y dejando su espada en la mesa junto a Placidia.)* Hacerte entrega
de mi acero leal, en cuya hoja
miro mi faz manchada por la afrenta.
Sirvo a mi patria: ¡nunca a una romana!

LEDIA — ¡Señora!.. *(Queriendo salir con ella.)*

PLACIDIA — ¡Miserable!.. ¡Soy la Reina!

Mas, ebrio estás.

VERNULFO Oídla: sólo insultos
le inspira el brazo que su yugo quiebra.

PLACIDIA *(Con ira.)*
¿Qué impulsos te dominan, que a mi altura
remontarse pretende tu soberbia?
(Cambiando de tono, con desprecio, disponiéndose a salir.)
Grano de arena vil, te honro al mirarte.

VERNULFO *(Con odio creciente.)*
Despierta, corazón; sube a mi lengua;
desborda en odio contra la...

VAROGAST / VELIA *(Queriendo contenerle.)* Vernulfo!

VERNULFO ....vil concubina que vendió su tierra,
los lares de su patria y de su estirpe
para escalar un trono, y en la venta
arrojó cuerpo y alma a la balanza.
Resurge, gran Teodosio, de la huesa;
mira a tu hija en brazos del Rey godo
destejiendo su hermosa cabellera,
pecho con pecho y boca sobre boca,
mezclando con la sangre de sus venas
la sangre del verdugo de su raza.
¡Maldición, Teodosio!

VAROGAST *(Queriendo llevarse a la Reina.)*
No le atiendas,
señora.

PLACIDIA *(Con soberbia.)* ¡Aparta! ¡He de matar la víbora
con sólo una mirada! ¡Aparta, Ledia!

VERNULFO (¡Goza con su furor, corazón mío!)

PLACIDIA Tú, vil, no por amor, que la terneza
no cabe en pechos viles; por orgullo
de ser esclavo mío, hundir debieras
la cabeza en el polvo. El mundo todo
dominasteis; mas yo, mujer y Reina,
al vencedor vencí, y en mi triunfo,
os puse en las heridas por cadenas
flores de amor. Al paso de las huestes
yo me interpuse, y hoy en vuestras tiendas
yace ya viejo el polvo del olvido:
patria tenéis, que es libertad y es fuerza.
Dios conoce mi afán; Dios y mi padre
que habla en mi corazón. De tu soberbia
no me impone el fragor: muérete o vive,
o hierve en ira... A la pesada rueda
no le importa aplastar al vil gusano

que por la trilla en su camino encuentra.
(Rompiendo la espada y echándola a sus pies.)
Mira la espada; es tuya; ten; recógela,
que ahora es digna de ti.

VERNULFO Quien me la entrega
todo al igual lo mancha y lo envilece
con tocarlo no más. Por ti de afrenta
mi raza se cubrió, y es hoy mi hierro,
clavándose en tu pecho, quien la venga.

(Coge un trozo de espada del suelo, precipitándose sobre la Reina. Todos lo impiden y ella le contempla impávida.)

LEDIA ¡Ah!

VAROGAST ¡Vernulfo!

VELIA ¡Traidor!

VERNULFO ¡Es que me abraso!
¡que me siento morir!

PLACIDIA *(Con serenidad.)* Vuestra cabeza
de su cabeza me responde ahora.

VERNULFO (Es roca y vaciló. Logré vencerla.)
Ahora matadme ya. *(Se lo llevan por el foro.)*

ESCENA X

PLACIDIA, LEDIA

LEDIA Placidia, ¿lloras?

PLACIDIA Por no haber humillado su soberbia
las lágrimas acuden a mis ojos.
Oh, gran Teodosio, tú lo sabes, deja
la tumba en que reposas. ¡Y ha invocado
tu augusto nombre su ruín vileza!
Confunde, padre mío, a los malvados,
sobre ellos fulminando tu anatema.
¿Qué más pude yo hacer para tu gloria
y la del pueblo que tu amor rigiera?
Cuando, más que vencida, muerta Italia,
bajo los pies de un monstruo cruel sujeta,
rodar se la veía hacia el sepulcro
roedor de los siglos, las cadenas
que formaban mis brazos la apresaron:
yo la detuve en su fatal carrera
al borde del abismo; la di vida
con mi aliento; la sangre por sus venas

corrió otra vez, y el corazón dormido
otra vez palpitó. Dime tú, Ledia,
si hay cual yo otra mujer. En bien de Roma
ya no pude hacer más. No amo a la hiena
que un día de mi patria fué verdugo.
Odio inspira a mi alma; y si surgiera
la rebelión en ella, la ahogaría.
Mi misión junto al Rey cumplida queda.
Besando el rastro de mi planta augusta,
vencida yace la indomable fiera.
Al estrechar mi cuerpo con sus brazos,
de entre sus garras se escapó la tierra.
Sufrílo todo, firme, por mi patria:
odio y... amor; ¡sí... amor! ¡amor que hiela!
de ese vil godo que al besar mis labios
con su aliento el aliento me envenena.
Hoy mi sangre dormida, Ledia mía,
otra vez afanosa se despierta. *(De pronto.)*
¿El nombre del traidor?

LEDIA — Vernulfo.

PLACIDIA — El odio
que el corazón me oprime y me lacera,
en su cabeza estallará potente.
Y luego, a mi placer, amada Ledia...
no salga de tus labios mi secreto
aunque la vida te costase...

LEDIA — Sierva
y esclava soy; mi voluntad es tuya.

PLACIDIA — Más que sierva, el consuelo de mis penas.
Al oído... volver quiero a mi patria.

LEDIA — ¡Oh, ventura!

PLACIDIA — Este ambiente me envenena
y a todos aborrezco. La gran obra
toca a su fin, que ya libres se encuentran
de las armas contrarias mis patricios.
¡No volverán a Italia en son de guerra
ya los godos jamás!

LEDIA — Si le abandonas,
el Rey, que sólo por Placidia alienta,
¿qué es lo que hará sin ti?

PLACIDIA — Si yo muriese
esposa de Ataulfo... no: la tierra
rechazaría con horror mi cuerpo.
Morir no puedo aquí. Quiero que sepa
el orbe entero que no he dado, a cambio
de un trono, el cuerpo virgen a esa hiena.

Mas, me falta valor para el engaño:
¿quién combate a la víctima indefensa?

LEDIA ¿Qué hacer, señora, pues?

PLACIDIA Pronto Constancio
venir armado a Barcelona intenta
con sus bravos caudillos. Si nos vencen...
entonces... ¡maldición!

LEDIA El Rey.

PLACIDIA Sal, Ledia.
(Vase Ledia.)

ESCENA XI

PLACIDIA, ATAULFO

ATAULFO Mi adorada Placidia, ¡cuántas horas
alejada de mí! Ven. Las riberas
del Llobregat feliz con su castillo
me roban tu calor. Cuando te alejas
dentro mi corazón reina la noche;
reviven en mi ser tedio y fiereza
y sólo el llanto del dolor me place
del que miedoso pedir gracia intenta.
Mas, cuando vuelves tú... ¡Placidia mía!

PLACIDIA Ah, Señor... *(Pausa.)*

ATAULFO ¿Por qué callas? ¿Por qué alejas
tus ojos de los míos? Habla; dime:
¿hay algo, mi Placidia, aquí en la tierra
que te cause pesar o te dé enojos?

PLACIDIA Es cierto, sí, he llorado; yo, la Reina,
la esposa de Ataulfo, en esta cámara,
delante de la plebe y la nobleza.
Y aún llora el alma mía.

ATAULFO Di, señora.

PLACIDIA Un soldado nacido en esta tierra
ha alzado contra mí el arma homicida
y ultrajando mi honor con sus afrentas
mi llanto hizo verter, ebrio de orgullo.

ATAULFO ¡El nombre del traidor!

PLACIDIA ¿Debe mi lengua
mancharse con su nombre aborrecido?...
¡No... Fué... Vernulfo!

ATAULFO ¡Morirá!

PLACIDIA Desea

mi corazón herido verter sangre;
no soy una mujer; soy una hiena.

ATAULFO Verás del sol primero a los albores
en la torre más alta su cabeza.

PLACIDIA Las horas de esta noche serán siglos.
¡Si pudiese, señor, la luz primera
del Oriente encender con la mirada!...
Me aborrecen el pueblo y la nobleza.

ATAULFO Es muy grande mi amor.

PLACIDIA Su odio es más grande.

ATAULFO ¿Cómo puedes dudarlo? Por la tierra
todos, humildes, con la frente al polvo,
a tu paso, señora, los contemplas.

PLACIDIA ¿Qué importa que se humillen, si la espada
con frenesí acarician... En las fiestas
si a tu lado me ven, el ceño arrugan
y al levantar el vaso, el vino rueda
porque tiemblan sus manos. ¡Cuántas veces,
al cruzar por la calle en mi litera,
vi la gente entornar los portalones
evitando los niños mi presencia
con miedo de mirar!.. Recuerdo un día
que, roja de emoción, una doncella
llegó hasta mí para ofrecerme flores
saliendo de un portal: ¡venganza fiera!
que al pasar otra vez, vi que la casa
era un rescoldo que humeaba. ¡Deja
que retorne a mi patria! ¡Yo lo imploro
de hinojos a mi Rey!

ATAULFO ¡Amada Reina!
¿Cómo vivir sin ti? No. Nuestras almas
surgieron afanosas como hogueras
y enlazadas ardiendo se confunden.
Cuando quieras partir... corre a tu tierra.
Los corceles más bravos, entre todos,
en mi carroza de conquista lleva.
Yo pondré al ser de día, y a tu paso,
las púrpuras, trofeos, ricas telas,
por velamen de gloria; de mis fuertes
te alumbrarán de noche las hogueras,
y al mirarte mis tropas admiradas,
mas no vencidas, rasgarán sus venas
para apagar el polvo del camino,
sucumbiendo por ti, y en tu carrera
con mi carroza aplastarás sus cuerpos,
vueltos los ojos a tu dulce tierra

por no ver a Ataulfo que, siguiéndote,
ebrio de amor, irá entre la maleza...
Y al expirar el último soldado,
también mi cuerpo caerá en la selva
cuando huellen tus pies tierra romana.
Mas no; no partirás... ¡que tú eres buena!
¿Suspiras?

PLACIDIA ¡Es en vano; para siempre
nuestras razas riñendo cruda guerra
sólo de sangre inundarán los pueblos!

ATAULFO Yo el odio aplacaré... Ven, tu cabeza
sobre mi pecho su temor ahuyente.

PLACIDIA *(Rechazándole como si despertara.)*
No, no; jamás, en tanto que en la tierra
viva aquel hombre.

ATAULFO Reina: su cadáver
mañana besará la luz primera
de traidores ejemplo; y mis soldados
te amarán cual la virgen que ellos sueñan;
más, mucho más que a la que dióles vida;
más que a su mismo Dios.

PLACIDIA ¡Oh! Soy tu sierva;
tú eres Rey y Señor.

ATAULFO *(Besándola en la frente.)*
¡Mi bien! ¡Mi esposa!
¡Este beso de amor es la sentencia
del regicida infame!

(Vase por el foro.)

PLACIDIA *(Como borrando con las manos el beso de su frente.)*
Ya está limpia.
Soy hija de Teodosio.

(Entra en la cámara real.)

ESCENA XII

SIGERICO

SIGERICO Llegué a Iberia.
Alma mía, en tus pliegues más profundos
oculta tu secreto; mira, observa,
inquiere sin cesar, y cuando el velo
se descorra, mi mano entre tinieblas

clave a fondo el puñal, y por la espalda
como a mi padre hirieron, sin clemencia.
Mas, ¿quién fué el matador? ¡Quizá mi vista
cruzóse con la suya y aún mi diestra
le tendí... no, que el corazón sediento
lo hubiera adivinado!... ¡espera! ¡espera!
¡Quién va!... Quizás serán...

(Por los que llegan.)

Hijos de Roma,
y él es godo.

ESCENA XIII

SIGERICO *en la ventana;* CELIO *y* MARCIO *entran hablando*

CELIO — Mirad: la noche llega.

SIGERICO — *por Celio y Marcio.*
(Patrio orgullo, ¿dó estás?)

MARCIO — Presto la villa
un desierto será.

CELIO — ¡Mi alma lo anhela!...
¿Qué hacemos aquí en tanto?

MARCIO — ¡Qué preguntas!
Calla y... vé.

CELIO — *(Saludando a Sigerico.)* Sigerico...

MARCIO — Ni contesta.

ESCENA XIV

LEDIA *y los anteriores*

LEDIA — Señores...

CELIO — Linda esclava: ven.

LEDIA — ¡Aparta,
siervo de godos!

(Durante la escena, Marcio rie.)

SIGERICO — ¡Bien!

CELIO — Tu osada lengua
yo arrancaré...

SIGERICO — ¡Cobarde!

LEDIA ¡Piedad!

CELIO ¡Nunca!

SIGERICO La lucha es digna de quien eres.

CELIO *(A Sigerico.)* Piensa...

LEDIA *(Implorando clemencia a Sigerio.)* ¡Señor!...

SIGERICO *(A Celio.)* ¡Bravo luchar! ¡Contra un ser débil! ¡Sigue!

ESCENA XV

VAROGAST *y los anteriores*

VAROGAST *(Muy agitado)* ¡Callad! ¡Callad!

MARCIO ¿Qué ocurre?

VAROGAST Oidme: vuestra ayuda necesito.

CELIO ¿Qué sucede?

VAROGAST Vernulfo va a morir...

CELIO ¿Cierto?

VAROGAST La Reina acaba de ordenarlo; el Rey... sanciona.

SIGERICO (¡Cómo te encuentro, patria!)

MARCIO *(Indiferente.)* Y bien, que muera si delinquió.

SIGERICO (¡Alma vil!)

VAROGAST Es que a Placidia Vernulfo quiere hablar.

CELIO ¿Cómo?

VAROGAST Interesa a godos y a romanos.

LEDIA No es posible...

VAROGAST Si lo pedimos... Tú... *(A Sigerico.)*

SIGERICO ¡Nunca en la tierra a los de Roma implorarán mis labios!

MARCIO ¡Yo por un godo!...

SIGERICO Si es cobarde... ¡muera! *(Vase.)*

ESCENA XVI

LEDIA, VAROGAST, CELIO, MARCIO

VAROGAST — Al porvenir de vuestra patria importa;
si intercedeis, accederá la Reina...
LEDIA — Contad conmigo.
CELIO — La hablaré ¡No peco!
MARCIO — Que revele el secreto si interesa.
VAROGAST — (¡Oh, yo lo he de salvar!)

ESCENA XVII

PLACIDIA *y los anteriores*

VAROGAST — Señora, oídme:
Vernulfo va a morir y humilde os ruega...
PLACIDIA — Para él ya no hay perdón.
VAROGAST — Es que el soldado
no pide por su vida.
PLACIDIA — *(A Ledia que intenta interceder.)*
¡También, Ledia!
Decid. ¿Qué implora pues?
VAROGAST — La real gracia
de hablarte solamente.
CELIO — Es que interesa
al porvenir de nuestra patria augusta.
PLACIDIA — *(Con desprecio.)*
¡Su porvenir! ¡Dijiste patria nuestra!
CELIO — De Roma.
PLACIDIA — Lo comprendo: son ardides
para llegar a mí. Basta: ¡que muera!
VAROGAST — *(A Marcio.)* ¿Cómo lograrlo entonces?
MARCIO — Si así pierdes
noticias de interés, que te hable, Reina!
LEDIA — *(Muy humilde.)*
Si humillado has de verlo, si es que abrigas
de ser inexorable la certeza,
tu gozo es más cumplido. ¿Te da miedo
o sientes intranquila tu conciencia?
(Arrodillándose.)
Perdona, te ofendí.

PLACIDIA — No, tus palabras
brotan del corazón; no son ofensas.

CELIO — Que te hable, por favor

VAROGAST — Sí.

MARCIO — Sí.

PLACIDIA — Traedlo.

VAROGAST — Señora... *(Sale.)*

PLACIDIA — No es piedad. ¡Placidia, espera!

(Salen Marcio y Celio.)

ESCENA XVIII

PLACIDIA *y* LEDIA; *después* VERNULFO *maniatado entre guardias, y* VAROGAST

PLACIDIA — ¡Accedí al fin!

LEDIA — ¡Oh, sí!

PLACIDIA — *(Abstraída, sentada cerca de la mesa.)*
Le aborrecía,
pero ahora más, que vuelve a mi presencia.
¡Por Roma he de sufrirlo!

VERNULFO — *(A Varogast.)* Amigo, gracias.

VAROGAST — Suplícale de hinojos a la Reina.

VERNULFO — No mendigo el perdón; la muerte anhelo.

VAROGAST — Le pides...

VERNULFO — ¡No es posible que me entiendas!

PLACIDIA — *(Con desprecio)*
¿Ya el soldado llegó?

VAROGAST — Vedlo, señora.

PLACIDIA — Podéis salir. (¡Aplácate, soberbia!)
(Todos salen menos Ledia. A Vernulfo, con ira.)
Habla.
A Ledia.) Vete.

LEDIA — *(Muy humilde.)* ¡Señora... no... tú sola!
(¡Yo de aquí no saldré!)

PLACIDIA — *(Con ímpetu.)* ¡Lo mando, Ledia!

(Vase Ledia.)

ESCENA XIX

Placidia *y* Vernulfo

Placidia — Habla.
Vernulfo — *(Acercándose.)* Señora...
Placidia — *(Separándose.)* ¡Lejos!
Vernulfo — La esperanza
de lograr tu perdón; no, no me alienta
para llegar a ti; si algún destello
pudiese aún dimanar de tu clemencia,
su fulgor perdería.
Placidia — (He sido frágil.
¿Por qué accedí? Mas ¿qué decirme intenta?)
Vernulfo — La muerte anhelo ya. Dios me perdone:
mentí, para volver; nada sé, Reina,
ni de tu patria, ni de los romanos.
(Placidia se levanta para llamar.)
¡No llames, por piedad! ¡Atiende, espera!
Que tus ojos me miren. De dos tronos
la sombra augusta te acaricia y besa;
a mí, la de la muerte; bien merezco
poder hablarte ahora.
Placidia — (¡Es joven!)
(A media voz, llamando.) Ledia.
Basta ya.
Vernulfo — *(Suplicante.)* No; callé toda una vida;
¡dame en pago un instante!.. ¡mi existencia
debe presto acabar!..
Placidia — (¡I es bello, es bello!)
Vernulfo — Silencio no me impongas... Da a mi lengua
por lo que dice, y da a mi pensamiento
el castigo fatal que ambos merezcan...
(Con ternura y a media voz.)
¡Te amo, Placidia!
Placidia — *(Horrorizada.)* ¡Oh, Dios! Cómo te atreves...
¡Miserable, malvado!.. ¡Soy la Reina!
Vernulfo — *(Con voz apagada.)*
¡Cierto!
Placidia — *Con mucha agitación, que va aumentando hasta el final del acto.*
¡Calla!

VERNULFO ¡Te adoro!

PLACIDIA Vil, cobarde!
(¡La frente se me abrasa!)

VERNULFO Mi existencia
la ha llenado este amor que tú ignorabas.
¡Qué sabes tú si el aire que te besa
de suspiros de amor está preñado!
(No dejándola hablar.)
Me odias, ¿verdad? Mas, cállelo tu lengua.
Es un crimen, ¡oh, sí! crimen horrendo
alzar mi corazón a tu grandeza,
y otro crimen decirte que te adoro...
Mas, ¡qué importa! la fosa ya me espera.
Yo siempre te seguí; por entre nubes
la suerte te llevó; yo a ras de tierra.
Entre ambos está Dios; mas yo tu imagen
sin descanso busqué. De luz intensa
te bañabas, amor, en tu alto vuelo;
yo entre sombras seguía tu carrera!
Pero un día, señora, con mis manos
que ahora estos hierros duramente aprietan,
contra mi cuerpo yo oprimía el tuyo.

PLACIDIA Tú... a mí... ¡Mientes!...

VERNULFO Temblando, tu cabeza
juntabas a la mía y en mis hombros,
flotaba tu abundante cabellera
cual pomposa cascada que se agita
sobre duro peñón. Hora suprema
debió ser la hora aquella... nuestros pechos
en rítmico compás: junto al del César
el corazón del bárbaro!...

PLACIDIA Tu vida
puedo yo atormentar. Sigue: ¡no mientas!

VERNULFO ¡Dudas!... ¡oh, Dios! ¡Si quieres mis fervores,
que esta mujer en mis palabras crea!
(Sacando del pecho una gasa bordada.)
Mírala bien: prendida en tus cabellos
cuando de Roma te alejé, entre hogueras,
flagelándome el rostro, me embriagaba...

PLACIDIA (¡Oh, es cierto, sí!)

VERNULFO Placidia: fué la presa
que con mis labios te robé al besarte.
Ya no es mía desde hoy; vuelve a su dueña:
que ya no endulzarás mi triste vida
ni junto al corazón la voz secreta
que vibraba oirás, constante, dulce...

PLACIDIA ¿Por qué callas? Prosigue.

VERNULFO ¡Si supieras
la lucha que sostiene el alma mía
por vencer mi pasión... sin que la venza!

PLACIDIA (¡Qué misterio hay en mí! ¡Cómo me place
sus palabras oir!)

VERNULFO Cuando en tinieblas
la noche nos sumió, cual guardia noble
de tu real estancia ante la puerta
velaba ayer. Detrás de esta cortina
dormías con el Rey. Tenues cadencias
por tu aliento engendradas, a mi oído
murmuraban mentidas mil promesas
del imposible amor que arde en mi pecho.
¡Y estabas con el Rey! La envidia fiera
mi rostro humedecía con el llanto;
se agitaron cual víboras mis venas
y en mi cráneo sentí que golpeaban
cual las alas de un pájaro entre rejas.

PLACIDIA Habla. Prosigue.

VERNULFO Enloqueciendo airado,
mi cuerpo desplomóse aquí, en las piedras
de este aposento aborrecido y triste.
Y al oir tus suspiros ¡ay! la intensa
llamarada de amor se trocó en ira.
Dejando en mi camino rojas huellas
corrí cual loco hasta llegar rendido,
exámine y maltrecho a la ribera.
Vi extinguirse la noche; vi la aurora,
y al tenderse otra vez nuevas tinieblas
a esta cámara he vuelto, donde oíste
de mis ansias febriles las afrentas...
Y a comprender no acierto, cuando evoco
mi funesta pasión, si es que la engendran
odios o amores; no; si es que pretendo
con sangre tuya enrojecer mi diestra
o enlazarte amoroso entre mis brazos
para elevarte al sol desde la tierra,
y hacer esclavos tuyos a los hombres
y esclavo al mismo Dios de tu grandeza.
(Resuelto y solemne.)
Con el alma te hablé; dame el castigo
que merezco; mi fosa está ya abierta.
¡Yo deseo morir!

PLACIDIA *(Va a desatarle y retrocede.)*
¡Oh, no! (¡Soy débil!) *(Llamando.)*

Guardias, mis guardias. (Alma ¿por qué tiemblas?)
(Entran soldados y por orden de Placidia le desatan.)
Romped sus ligaduras. (¡Oh, qué extraña
conmoción siento en mí! ¡Mi ser flaquea!
¡Siento gozo... y temor! ¡Perdono... y tiemblo!
¡Si a descubrir lo que me dijo aciertan
y que no le castigo!...) ¡Salid todos!
(Vanse los soldados.)
(¡Desde hoy su vida es mía!)
(Quiere dominar su emoción.)
Libre quedas.

VERNULFO *(Quiere arrodillarse y besar su mano.)*
¡Señora!...

PLACIDIA *(Rechazándole.)*
Basta ya; soldado, calla.
(Felíz me creo... y algo me atormenta.)

VERNULFO (¿Es Placidia? ¡Y perdona!)

ESCENA ÚLTIMA

Los anteriores, ATAULFO, VAROGAST, VELIA *y* NOBLES

ATAULFO *(Entra hablando con los Nobles.)*
Esta es la orden.

PLACIDIA (Es el Rey; ¡oh!)

ATAULFO Mañana en audiencia
mis caudillos aquí; que acudan todos.
(Van saliendo los Nobles, hablando.)

PLACIDIA *(Al Rey.)*
Señor...

ATAULFO *(Por Vernulfo.)* ¡Libre! ¿Placidia?

PLACIDIA *(Entrando en la cámara real con el Rey.)*
Es que interesa
su vida ahora guardar. Cuenta he de darte...

VELIA ¡Él libre!... No me explico...

VAROGAST ¿Qué? ¿La Reina?...

VELIA *(Saliendo con Varogast.)*
Vámonos ya; los reyes han salido...

VERNULFO *(Solo, en el centro de la escena.)*
¡Por qué no he de morir!

(Vuelve Placidia, coge una espada de una panoplia y se la entrega.)

PLACIDIA — Toma; y con ella
mi sueño hoy velarás, cual guardia noble.

VERNULFO — ¡Oh, Placidia!...

(La Reina desaparece.)

Vernulfo: ¡no enloquezcas!

(Besa la espada.)

Telón rápido

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Aposento de Placidia, en el castillo emplazado en las riberas del Llobregat. Gran puerta al foro. Dos a la derecha; la una da acceso al cuarto de Ledia, la otra al oratorio de la Reina. A la izquierda, primer término, una ventana. En segundo término y avanzando hacia la escena, una cortina que cubre el lecho real. Anochece.

ESCENA PRIMERA

LEDIA, *después* VERNULFO

LEDIA Va poniéndose el sol y nuestra corte
cazando aún por las sierras. Hoy Placidia
no vuelve a Barcelona; en el castillo
dormirá, pues la noche se avecina.

VERNULFO *(Entrando precipitadamente.)*
Ledia.

LEDIA Vernulfo. ¿Tú?

VERNULFO En pos de la caza,
corrieron los caballos por la umbría...
La gente vendrá pronto; irá llegando...
En tanto, quiero hablarte.

LEDIA ¿Tú? ¿Qué ansías?

VERNULFO *(Agitado toda la escena.)*
Mi corazón se abrasa; por la Reina
enloquezco de amor.

LEDIA Por tu desdicha.

VERNULFO ¡No es desdicha el amar! Antes que el labio
revelase el secreto de mi vida,
la fiebre del amor me emponzoñaba.

Ya ella lo sabe, y siento que se aviva,
y es aguijón del alma.

LEDIA Y tú, insensato,
¿qué esperas?

VERNULFO De ella, nada: de mí. Mira:
me perdonó; lo sabes. Desde entonces
la busco y huyo al verla. Muchos días
entre angustias pasé. De fijo que ella
recuerda con horror mi villanía.
Sé bien quién soy; quién es. Jamás, ni en sueños,
que me amara creí. ¡No! ¡Perderían
antes su brillo el sol y las estrellas!
Mas, quiero ser escudo de Placidia.
Tú de ella me hablarás. A quien deteste
mi puñal buscará.

LEDIA Vernulfo, olvida...

VERNULFO ¡Oh, calla! ¿Es que lo ignoras? Ya murmuran
los vasallos, del Rey. Todos conspiran
ansiosos de luchar. Ya ves que puedo
servir hoy a la Reina.

LEDIA Mas...

VERNULFO *(Con mucho interés.)* ¿Placidia
siente amor por el Rey? ¡Oh! ¡Cuál la duda
me atormenta tenaz! ¡Responde, amiga!

LEDIA ¡Es su esposo!

VERNULFO En la sombra los acecho
y el odio parecióme en las pupilas
de la Reina observar.

LEDIA Yo no sé nada.

VERNULFO No es mi patria la Gothia: ¡patria y vida
tengo en su corazón!

LEDIA (¡Si él lo supiera!)

VERNULFO ¿Debo al Rey mis servicios o mis iras?

LEDIA ¿Tú, de Roma en favor?

VERNULFO ¡No, nunca, Ledia!
¡Contra el cielo y la tierra, por Placidia!

LEDIA (¡Oh... calla, corazón!...) Vernulfo, vete.
La esposa es del esposo; es ley divina.

VERNULFO ¡Qué ingrata eres conmigo! ¡Tú lo sabes!
¿Por qué enrojeces, pues? Aborrecida
jamás fué una mujer como a la Reina
los míos aborrecen; y si un día
cayera en su poder y yo muriese,
tú darás cuenta a Dios. Nada me digas,
mas piensa en su cadáver arrojado,
oh Ledia, de las altas galerías

del palacio real, sobre la plebe
que hambrienta de venganza lo codicia.

LEDIA ¡Sueño de horror! ¡No, no! Jura que nunca...

VERNULFO ¡Tú no amaste jamás!... ¡Me entenderías!

LEDIA Pues bien; si peco, que el Señor me ampare.
Ni el viento lo ha de oir: ella querría
regresar a su patria.

VERNULFO *(Con gran ansiedad.)* ¡Y lo callabas!
¿Y el Rey?...

LEDIA Sin él.

VERNULFO ¿Es cierto?

LEDIA Sólo aspira...

VERNULFO ¡No enmudezcas ahora! ¡Dilo, cuenta!...
¡Acaba, por piedad!

LEDIA ...romper ansía
la cadena fatal que la sujeta
al lecho de Ataulfo, y la mancilla.

VERNULFO ¡Oh, gracias, Ledia! ¡El pecho se dilata!...
¡Si ya a mi corazón se lo decían
secretas voces! Oye: ¡tú eres buena!
Luchemos por Placidia, aunque la vida
pierda luego añorándola.

LEDIA ¡No! ¡Calla!

VERNULFO ¡Ledia! *(Besándole, arrebatado, las manos.)*

LEDIA ¡Vernulfo!

VERNULFO ¡Sí; que eres su amiga!
(Vase.)

LEDIA Ampárame, Señor. Debió saberlo.
Salva a la Reina y sea yo la víctima.
(Vase a su cuarto.)

ESCENA II

SIGERICO, VAROGAST *y* VELIA

VAROGAST Noble señor, en la morada regia
es este el aposento de Placidia.
Ese áureo lecho es nido de sus sueños.
Allí está Dios en un altar. Tranquilas,
del río Llobregat junto a esos muros
pasan las aguas, y al pasar suspiran.

SIGERICO Adecuado lugar para mujeres.
¿Y los Reyes?

VELIA Cazando en las sombrías
hondonadas del bosque. Mas vosotros
los dejasteis también.

SIGERICO ¿Quién no se olvida
del jabalí, cuando la patria muere
corrompida?

VELIA Ella no: su Rey.

VAROGAST ¡Oh, ira!
Si muere el tronco, morirán las ramas.
No hay salvación posible.

SIGERICO Llega un día
en que al árbol podrido, hacha potente
lo cercena de un golpe y le da vida.

VAROGAST Vano empeño también, porque de Roma
larvas inmundas la raíz lastiman.

SIGERICO ¿Tal piensas, Varogast? ¿Tú también, Velia?

VAROGAST Libre mi corazón, sólo palpita
por los míos soberbio.

VELIA Como todos:
por la patria no más.

SIGERICO ¿Qué hacer?

VELIA Placidia
lo escuchó de Vernulfo.

SIGERICO Pues, decidme:
¿Por qué le perdonó? ¿Qué era su vida?
Cual guardia noble ¿qué favor nos presta?
Su cadáver quizás alzar podría
las huestes indignadas.

VAROGAST ¡No, mil veces!
Yace en sus pechos masa endurecida
de nieve que el calor no podrá nunca
derretir de esa sangre.

SIGERICO ¡Oh!

VAROGAST Cuando un día,
funesto para todos, no se alzaron,
jamás lo harán.

SIGERICO ¡Jamás! ¡Pues yo, sin vida
y sepultado ya, tendré esperanza!
Decidme cómo fué.

VELIA Largo sería
de contar.

SIGERICO ¿Y qué importa? Forastero
me siento entre vosotros. Cuenta aprisa.

VAROGAST Del Pirene cruzábamos las sierras.
De nuestro pueblo contra el Rey la ira
bramaba más que ahora sordamente.
Una noche, de pronto, la alegría
sus alas extendió, y en nuestros pechos
secretas voces con afán decían:

«La patria será salva; presto llega
el único que en horas de agonía
puede volvernos la anhelada gloria
que el Rey a la romana sacrifica.»
Mas, de pronto, Ataulfo de sus fieles
los más bravos juntó; cruzó la vía
de los Alpes abruptos y en las sombras
de las gigantes selvas, como espías
en acecho los puso. Sin tardanza
se escuchó ya el rumor: es que venían
gentes de Italia. Cual rebaño dócil
con descuidado paso todas iban
por estrecha garganta. De Ataulfo
brilló un rayo de luz en las pupilas,
y los suyos cercaron como fieras
a la hueste romana sorprendida.
Al bárbaro rugir de brava lucha
los árboles troncharse parecían;
coloraba la sangre la corriente;
el choque de las armas percutía
semejando tarea en amplio bosque
de un leñador gigante. Allá en la cima
de elevado peñón estaba Ataulfo.
Los golpes poco a poco se extinguían
y el silencio reinó. De aquella turba
¡el caudillo tan sólo era con vida!
A sus pies sus soldados expiraban
y él, aún, con el arma que blandía,
erguíase feroz. Quien daba un paso
encontraba la muerte. Poseídas
de maléfico hechizo nuestras gentes,
con miedo de morir, retrocedían.
Con rabia avanza el Rey; ni arma ni escudo
su cuerpo en aquel trance protegía.
Un manojo de cuerdas en su mano
al aire vi ondear. Ardiendo en ira
extendió el brazo, y vino a dar en tierra
el valiente caudillo, en las tupidas
mallas envuelto.

SIGERICO *(Conmovido.)* ¿Y luego, inexorable
fué Ataulfo con él?

VELIA ¡Los que seguían,
las armas todos en su pecho hundieron!

SIGERICO *(Muy quedo.)*
¿Y... su nombre? (¡Oh! ¡Me espanta que lo digan!)

VAROGAST Ataulfo, al volver, mostró a sus nobles

ataviada la estancia de Placidia
de una sangrienta red, por cuyas mallas
la luz del exterior filtraba lívida.

SIGERICO (*Resuelto.*)
¡El nombre del caudillo!

VELIA Sarus.

(*Sigerico, apartándose, se cubre un momento el rostro con las manos.*)

VAROGAST ¡Patria!
¡Reina del mundo, a vivir él, serías!

SIGERICO Miradme todos: Sarus fué mi padre.

VELIA ¡Él tu padre!

VAROGAST ¡Señor!

SIGERICO Miradme. Míra;
y tú también; y el mundo. ¡Oh! Si mi rostro
no conserva tal vez su expresión digna,
el alma os hablará, que asoma fiera
y se ahoga entre lágrimas de ira.
¡Oh, padre! ¡Al fin se disipó la nube!
¡Te vengaré!

VELIA ¡Y nosotros!

VAROGAST Sí; confía.

ESCENA III

Los mismos y VERNULFO. *Permanece en el umbral de la puerta hasta que acaba de hablar* SIGERICO

SIGERICO Para mí el Rey, que es mío solamente.
Os cedo los demás. Contra Placidia,
contra Roma, saciad vuestros rencores...

VERNULFO (*Interponiéndose.*)
(¡Ah!)

VAROGAST (*A Vernulfo.*) Es el hijo de Sarus.

VERNULFO (¡Él!) Se inclina
mi frente ante la tuya.

SIGERICO (*Queriendo salir en busca de Ataulfo.*)
¡No! ¡Abre paso!
No sé vivir mientras el Rey exista.

VERNULFO (*Solemne.*)
Si me escucháis, amigos, este hombre
corona ceñirá al nacer el día.

SIGERICO ¡Yo!... ¡Rey! ¡No, no!

VERNULFO ¡Mas, ay de nuestra raza
si mostraras el arma enrojecida
en tu diestra!

VELIA ¿Qué? Di.

SIGERICO *(Queriendo salir.)* ¡No; basta!

VAROGAST *(Deteniéndole.)* Atiende...

SIGERICO ¡Vengar quiero a mi padre!

VERNULFO Mas tus iras
ocultar debes.

SIGERICO ¡Nunca! Mi venganza
se cumplirá a la luz, para ser digna.

VERNULFO Mas nunca el matador llegará al trono:
los que odian a Ataulfo, hasta la vida
por vengarle darán al verle muerto.
Que a la primera luz del nuevo día
el cadáver del Rey abandonado
se encuentre; tú apareces... y se inclinan
todos en tu favor.

SIGERICO ¡No!

VELIA *(Queriendo convencerle.)* Sigerico...

SIGERICO (¡Oh, Dios!... ¡Yo Rey!)

VERNULFO (Sólo por ti, Placidia.)
Ignoran que eres hijo del gran Sarus;
hasta el momento, calla.

SIGERICO ¿Cuándo? Explica...

VERNULFO El Rey va a la ciudad, y tú su paso
acechas en las negras avenidas...

VELIA Somos tuyos.

VAROGAST Así, salvas la Gothia.

SIGERICO Ya es de noche; no irá.

VERNULFO ¡Sí, por mi vida!
Yo una antorcha pondré sobre una almena
cuando deje el castillo. ¡Entonces!

VAROGAST ¡Viva
el nuevo Rey!

SIGERICO (¡Orgullo, no me ciegues!)

ESCENA IV

Los mismos, LEDIA, *iluminando la escena con una luz que deja encima de la mesa*

LEDIA — La Reina llega.

VERNULFO — (¡Te salvé, Placidia!)

(Vanse todos rápidamente, menos Ledia.)

LEDIA — Si imaginar pudiera que a Vernulfo
su secreto confié...

ESCENA V

PLACIDIA, LEDIA

PLACIDIA — ¿Tú, buena amiga?...
Huyendo del bullicio, a la ventura
solté el caballo, que veloz corría;
internóme en el bosque, y tuve miedo
de no encontrar la alegre comitiva...
¿Ha tiempo que me esperas? ¡Habla, Ledia!

LEDIA — Oh, sí, señora: y tu tardanza explica
la inquietud que pasé.

PLACIDIA — Pues, Ataulfo,
de fijo tardará: ¡su mayor dicha
la halla en el bosque combatiendo fieras!

(Con disgusto.)

¡La noche pasará en mi compañía!

(Queriendo preguntar, sin atreverse.)

¿Ledia?...

LEDIA — ¿Señora? Di.

PLACIDIA — Ven; no te alejes.

(Ledia se sienta a sus pies.)

Enferma debo estar... ¡Nada me explicas!

LEDIA — ¡Quiero verte feliz!...

PLACIDIA — ¿Quién ha llegado?

LEDIA — Varogast, Sigerico... Ahora salían...
y Velia...

PLACIDIA *(Contrariada porque no le habla de Vernulfo.)*
Ya los vi: ¡qué importan ellos!
¿Y... nadie más?

LEDIA Vernulfo.

PLACIDIA *(Ofendida de su propio interés.)*
¡Cómo ansía
mi pobre corazón tender el vuelo!
¡Ni me conozco ya! ¡No soy Placidia!
¡Tengo miedo!...

LEDIA Descansa.

PLACIDIA No: la fiebre
en el lecho me acosa y me asesina.
(Cambiando de pronto.)
Y... ¿Vernulfo, llegó?

LEDIA Sí.

PLACIDIA Lo ignoraba.
¿Le hablaste?

LEDIA Largo tiempo.

PLACIDIA Y... ¿qué decía?

LEDIA De su infancia me habló; triste relato
de los males acerbos de su vida...
(¡Qué interés!) Y también...

PLACIDIA ¡Oh! ¿por qué callas?

LEDIA Como siempre, de ti.

PLACIDIA *(Satisfecha.)* ¿Sí?...
(Orgullosa y ofendida de su propia alegría.)
¡Qué porfía!
¡Ese soldado siempre! ¿Eres tú, dime,
quien lo recuerda o yo?

LEDIA Yo, no, Placidia.

PLACIDIA *(Con ira y acabando con amoroso acento.)*
Me ofendes, Ledia. Mi perdón sincero
tan sólo le otorgué. Nada en la vida
me importa de él saber. Jamás su nombre
pronuncies. Nunca. Ni al morir, unidas
han de hallarse en el cielo nuestras almas.
Si pudiera extinguir en sus pupilas
el amor insensato que fulguran,
sin mirarle siquiera, ¡qué alegría!
Me inspira compasión, porque es muy joven,
y es generoso, y en sus ojos brilla
la llama del valor...

LEDIA ¿Y él fué el osado
que entre el incendio te salvó, Placidia?

PLACIDIA ¿Por qué no nació en Roma? Su recuerdo

en mi pecho constante viviría!
«¡Tuyo es mi corazón!» más que mi boca
le dirían mis brazos!

LEDIA ¡Tú deliras!

PLACIDIA *(Avergonzada.)*
Es cierto. Loca estoy.

LEDIA ¡Estás enferma!

PLACIDIA Sálvame, tú, que dudo de mi misma:
que no tengo valor; ¡que yo no quiero!...
Si le llegase a amar... ¡me mataría!

LEDIA ¡Dios de bondad!... ¡Señora!

PLACIDIA Calla. Déjame
sola... con Dios!

LEDIA (¡Piedad! ¡Bondad divina!)
(Vase por el foro.)

ESCENA VI

PLACIDIA

PLACIDIA *(Por su corazón.)*
Calla y muere en el pecho, miserable,
como en el fondo de ignorada sima,
o de raiz te arrancarán mis manos
y aplastarán las sierpes que en ti anidan.
(Entra en el oratorio.)

ESCENA VII

ATAULFO, CELIO

ATAULFO Hoy aquí dormiré; y a Barcelona
al renacer el sol, Celio.
(A media voz, como llamándola.)
¿Placidia?...
De vuelta la creí. Toma las armas.
(Le entrega los arreos de caza. Se sienta.)
(¡Qué importa que murmuren! Sólo ansían
luchar ¡Unico afán!) ¿Decías, Celio,
que de mí están quejosos?

CELIO Les hostiga

su sed de sangre humana, y en los bosques
sólo sangre de fieras tú les brindas.

ATAULFO ¿Y quiénes son?

CELIO Los nobles y la plebe;
si intentases contarlos, no podrías.

ATAULFO ¡Vete! *(Vase Celio.)*
Tienen razón. ¡Son la simiente
lozana, y yo la planta carcomida!

ESCENA VIII

ATAULFO *y* LEDIA *que entra sin ver al Rey*

LEDIA (Este pliego a la Reina, y que Ataulfo
no lo vea dijeron. La consigna
cumplir quiero fielmente. ¡El Rey!)
(Escondiendo el pergamino)

ATAULFO ¿La Reina?...

LEDIA (¿Lo habrá visto?...) No sé. . Mas yo diría...

ATAULFO ¿Te he sorprendido acaso?

LEDIA ¡Oh, Rey!

ATAULFO Un pliego
creí ver en tus manos. ¿Lo encubrías?

LEDIA No tal.

ATAULFO ¿Lo niegas?

LEDIA *(Mostrándolo.)* ¡Oh!

ATAULFO ¿Por qué esconderlo?
¿Por qué el rubor abrasa tus mejillas?

LEDIA *(Arrodillándose.)*
¡Es para ella, Señor!

ATAULFO Dame: yo mismo
lo llevaré.

LEDIA ¡Piedad!

ATAULFO ¿Qué te intimida?
¡Obedece!

LEDIA ¡Señor!

ATAULFO El pergamino.

LEDIA ¡Perdón!... No puedo.

ATAULFO ¿De tu Rey las iras
provocas, miserable?

ESCENA IX

PLACIDIA, ATAULFO *y* LEDIA

PLACIDIA — Basta, esposo;
es mía esta mujer.
LEDIA — *(A Placidia.)* ¡Piedad!
ATAULFO — Placidia;
el pliego.
LEDIA — *(A Placidia.)* Sólo a ti. Toma.
PLACIDIA — ¡Atrás! Ledia;
entrégalo a tu Rey.
LEDIA — *(Dudando.)* ¡Oh!
PLACIDIA — *(A Ledia.)* Sí.
(Ledia entrega el pergamino al Rey.)
ATAULFO — (¡La vida
por él hubiera dado!)
PLACIDIA — Sal.
LEDIA — (¡Yo sola
la culpable ahora he sido!)

ESCENA X

PLACIDIA *y* ATAULFO

PLACIDIA — (¡Qué agonía!
¿De quién será? ¿De quién?)
ATAULFO — *(Sin atreverse a leer el pergamino.)*
(¡Me está abrasando!)
PLACIDIA — *(Fingiendo.)*
Mucho has tardado, Rey.
ATAULFO — *(Idm.)* Cierto, Placidia.
Mas, cobramos la fiera; el dardo agudo
en su lomo clavé; morir debía...
PLACIDIA — Estarás fatigado.
ATAULFO — No...
(Airado.) ¡Señora!
baja al suelo la frente ¡no me finjas!
Este pliego te acusa.
PLACIDIA — ¿Y me condena...?

ATAULFO Mi honor.

PLACIDIA ¿Tu honor? Los celos te alucinan.

ATAULFO De Italia es el mensaje; no lo niegues.
De Roma viene, y tú lo recibías
a espaldas de Ataulfo... tú... ¡la Reina!

PLACIDIA ¡La esclava!

ATAULFO ¡No!

PLACIDIA La vil prostituída
del vencedor y dueño que robóla
mezclada entre el botín. Manda, castiga
su espalda sin piedad. Luego entre lágrimas
te sonreirá, besándote, la víctima.

ATAULFO Jamás ningún secreto existir debe
en nuestras almas para siempre unidas.

PLACIDIA Tu esclava soy no más, ¡no soy la esposa!
y vanamente un corazón querrías
en mi encontrar, pues gimo entre cadenas.

ATAULFO ¿Cómo llegó?

PLACIDIA ¿Me guardas? ¡Pues vigila,
carcelero!

ATAULFO *(Amenazando.)*
¡Señora!...

PLACIDIA *(Con desesperación creciente.)*
Pero ¿aun dudas?

ATAULFO Perdona. Es para ti. Toma, Placidia.
Es tuyo y te lo entrego.

PLACIDIA ¡Aparta! ¡Lejos!
¿Qué importa? Rey: Abráselo tu vista.

ATAULFO Ya estoy cumplido.

PLACIDIA *(Tomando el pergamino.)* Dame, miserable
y hunde en el polvo tu cerviz altiva.
¿Ocultarme yo, a ti?...

ATAULFO (¡Su amor me ciega!)

PLACIDIA *(Leyendo.)*
«De los Césares hija: real Placidia;
por tí llego de Italia: soy Constancio...»
(Queriendo ocultar el pergamino.)
¡Qué dice!

ATAULFO Sigue.

PLACIDIA No...

ATAULFO ¿Por qué vacilas?

PLACIDIA ¡Ah! No, Señor...

ATAULFO *(Luchando para arrebatárselo.)* Yo leeré.

PLACIDIA No; suelta.

ATAULFO ¡Qué!...

PLACIDIA ¡No!

ATAULFO ¿Y osas aún?...

PLACIDIA *(A sus pies.)* ¡Perdón! ¡Oh, mira!

ATAULFO *(Leyendo. La Reina se levanta y escucha con desesperación.)*

«Llegué al pie de estos muros: dame entrada
antes que surja el sol del nuevo día.
En favor de tu patria, los romanos
tu apoyo imploran y en tu amor confían.»
¡Miserable Constancio! ¿Lo has oído?
¡Dios poderoso, gracias! ¡A mis iras
lo entregas!

PLACIDIA ¡Por piedad!

ATAULFO Reza por su alma
si quieres, mas no implores por su vida.
¿Yo perdonar al enemigo acerbo
que tenazmente batallar ansía?
¡Que llega aquí amparado en la negrura
para robar, cobarde, nuestra dicha!...
Ruge en todo mi ser la fiebre loca,
despertando del sueño tan bravía,
que al hallar una presa en el camino
saciará su furor contra la víctima.

(Rasga el pergamino y lo tira.)

PLACIDIA *(Poniendo los pies encima del pergamino.)*
Así pudiera en breve contemplarte,
bajo mis pies. ¡Así!

ATAULFO Yo así podía
contemplar una vez al viejo Imperio
y alcé las plantas y otorguéle vida.

PLACIDIA Pues bien, mátame a mí; no te acobardes.
¡Nútrase con mi sangre la jauría!
Cual goda supliqué, pues soy... tu esposa
y es de godos pedir; como Placidia,
de esta humildad cobarde me despojo.
El odio de mi raza y mi familia
me roe el corazón, y acude al labio
para escupir tu rostro. Aquí termina
la alianza entre nosotros: soy la Italia
y la Gothia eres tú; Rey godo, ¡mira!

(Arroja la corona y demás atributos reales.)

¡Guerra a tu patria claman los romanos!

ATAULFO Guerra al romano, sí.. mas, oh, Placidia,
yo apetezco en tus brazos esta lucha.

PLACIDIA Para ahogarte serán... si te aproximas.

ATAULFO (*Llamando.*)
¡Marcio!

PLACIDIA ¡Muere por mí! Señor, ampárale.
Llegó para salvar mi tierra invicta.

ESCENA XI

PLACIDIA, ATAULFO *y* MARCIO

MARCIO Señor...

ATAULFO Óyeme bien. Bajo esos muros
un romano hallarás; le notificas
que eres un emisario de la Reina.
Escoge entre mis guardias compañía.
Sobre un potro seguro le conduces
atado, hasta pisar tierra enemiga.
Allí le dejas libre... y dile entonces
que le perdona el Rey su villanía.

MARCIO Te obedezco, Señor. (*Vase.*)

ESCENA XII

ATAULFO *y* PLACIDIA; *después* VERNULFO

PLACIDIA ¡Oh, gracias, gracias!

ATAULFO Quiero robar al mísero la dicha
de que muera por ti. Mayor venganza
es condenar al vil a la ignominia
del perdón de Ataulfo, que le arroja,
del perdón del Rey godo, que le humilla.

PLACIDIA (¡Qué vergüenza!)

ATAULFO ¿Por qué, dime, te alejas?
¿Me aborreces?... ¿Verdad?... Mas no lo digas.
Te adoro así también. Si me mataras,
¡besándote las manos moriría!...

PLACIDIA Un afán siento en mí, que no lo extinguen
ni la tierra, ni el cielo.

ATAULFO ¿Qué? ¿Mi vida?

PLACIDIA Volver quiero a mi patria.

ATAULFO ¡Siempre, siempre
ese recuerdo! (*Entra Vernulfo.*)

PLACIDIA (¡Él otra vez!) (*Entra en el oratorio.*)

VERNULFO (¡Esquiva
mi mirada y se aleja!)

ESCENA XIII

VERNULFO, ATAULFO

VERNULFO — Rey, perdona.
ATAULFO — ¿Cómo osastes venir?
VERNULFO — No es osadía.
Por la patria velé.
ATAULFO — ¿Qué esperas? Habla.
VERNULFO — Reventando su potro de fatiga
un soldado llegó de Barcelona
donde airada la plebe se amotina.
ATAULFO — ¿Los iberos acaso?
VERNULFO — No; los nuestros.
ATAULFO — ¿Godos? ¡No puede ser!...
VERNULFO — Godos. Porfían
que ha estallado esta noche en la montaña
la rebelión.
ATAULFO — (¡Oh, raza envilecida!)
Gracias, Vernulfo, gracias. Son alarmas
de ruines y cobardes. La noticia
no divulgues.
VERNULFO — Señor... pero es muy cierta.
ATAULFO — Mis huestes son leales y aguerridas.
Pasaré aquí la noche. Sal.
VERNULFO — Perdona:
será tarde quizá al rayar el día...
ATAULFO — Puedes irte.
VERNULFO — (¡Si duda el Rey, me pierdo!)
ATAULFO — Llama a Celio.
VERNULFO — Señor...
ATAULFO — ¡Basta!
(Vase Vernulfo.)
Conspiran.
Culpable soy del malestar que reina:
el ocio los consume y los instiga.

ESCENA XIV

ATAULFO *y* CELIO; *después* LEDIA

ATAULFO — Celio.
CELIO — Señor.
VERNULFO — Ensilla dos caballos

y a Barcelona iremos. Mas precisa
que lo ignoren mis gentes. Tú tan sólo
acompañarme debes. *(Vase Celio.)*

LEDIA — *(Entra Ledia.)* (¡Me intimida!)
Gran Rey...

ATAULFO — Te he perdonado. Escucha, Ledia.
Ocupaciones súbitas me obligan
sin tardanza a partir. Sólo a la Reina
la noticia darás. *(Vase.)*

LEDIA — ¡Triste Placidia!
(Entra en el oratorio.)

ESCENA XV

VERNULFO

VERNULFO — *(Entrando con misterio.)*
¡Partirá! ¡Partirá! ¿Cómo dudarlo?
El día más risueño de mi vida
cercano veo; en holocausto mi honra
en sus aras va a arder. ¡No me maldigas,
sombra terrible de mi padre! ¡Hablarla
debo al punto! Ella viene; mas solícita
la acompaña su esclava. A que la deje
aguardaré detrás de esa cortina.

ESCENA XVI

PLACIDIA *y* LEDIA. *Entran hablando*

PLACIDIA — Serena estoy. Será lo que Dios quiera.
Déjame sola hasta que brille el día.

LEDIA — Sea dulce tu sueño.

PLACIDIA — (¡Ojalá fuese
cual tu bondad tan dulce, buena amiga!)

(Antes que Placidia pronuncie estas últimas palabras, Ledia ha entrado en su cuarto, cerrando la puerta.)

ESCENA XVII

PLACIDIA *y* VERNULFO, *que sale de detrás de la cortina sin ser visto de la Reina*

VERNULFO (¡Allí está!... ¡Sola!... ¡Oh, Dios!... ¿Por qué tan [torpes
son mis pasos?... ¿Qué temo?...)

PLACIDIA (¡Siempre fija
su imagen, fascinándome!... ¡Vernulfo!
¡Oh, recuerdo tenaz!...)

VERNULFO *(En voz muy baja y arrodillándose a sus pies.)*
¡Mi amor! ¡Mi vida!

PLACIDIA *(Volviéndose repentinamente.)*
¡Vernulfo!... ¡Tú!...

VERNULFO *(Siempre muy humilde y apasionado.)*
Señora, sí... ¡tu esclavo!

PLACIDIA ¡No quiero verte!

VERNULFO Es por tu bien, Placidia...

PLACIDIA *(Con indignación.)*
¡Huye de mí!... ¡Profanas, miserable,
la estancia de tu Reina! ¡En tus pupilas
infernales proyectos se traslucen!
¡Iluso! ¿Qué pretendes? ¿A qué aspiras?
Naciste esclavo y morirás esclavo.
¡Te perdoné! No esperes más... La vista
baja ante mi. Soy luz y tú eres sombra,
y la sombra y la luz no se concilian.

VERNULFO *(Siempre a sus pies.)*
¡Oh, calla, por piedad!
(Le coge el manto, besándolo.)

PLACIDIA ¡Lejos!... o muere.

VERNULFO *(Levantándose y blandiendo el puñal.)*
Tienes razón, Señora; mi agonía
va a terminar. ¡Qué vale mi existencia!

PLACIDIA *(Luchando con él para arrebatarle el arma.)*
¿Qué pretendes?...

VERNULFO ¡Morir!

PLACIDIA ¡Quiero que vivas!

VERNULFO ¡Señora!...

PLACIDIA ¡No! Dame el puñal.
(Tirándolo.) ¡Oh! ¡Lejos!
(Se oye el trote lejano de los caballos.)

VERNULFO ¿Oíste? los caballos. ¡Oh! ¡qué dicha!
Ya el Rey partió, ¡mi bien!

PLACIDIA Va a Barcelona;
lo dijo Ledia.

VERNULFO Y tú ¿por qué me miras
con estos ojos y que muera impides?
Yo vengo a darte lo que tanto ansías:
la libertad... tu patria amada... ¡Roma!...
¡Quiero que vuelvas a gozar la vida!
Conozco tu sentir: tu odio a los godos;
y a tu esposo, tu Rey. ¡Sé que suspiras
por otras tierras!

PLACIDIA (¡Habló Ledia!...)

VERNULFO Ensancha
tu corazón; la luz del nuevo día
no has de ver en la Gothia: hacia tu Italia
volaremos unidos.

PLACIDIA ¡No! ¡Deliras!

VERNULFO Ignoras que se armaron en revuelta
los soldados del Rey. Morir debía
contra ellos peleando; mas, señora,
tú le aborreces.

PLACIDIA ¿Yo?

VERNULFO Cierto. Su vida
hoy mismo acabará.

PLACIDIA ¡Calla!

VERNULFO Mas, antes
que llegue de su muerte la noticia,
conmigo habrás partido y serás libre.

PLACIDIA Tú sueñas.

VERNULFO No.

PLACIDIA ¡Delirio es tu porfía!

VERNULFO Lejos le matarán; yo lo dispuse.
Aun resta en el castillo gente adicta,
y aguardan del camino entre las sombras
que yo dé la señal de su partida.

PLACIDIA Mírame y di, Vernulfo: ¿no la has dado?

VERNULFO Una antorcha en el muro es la consigna.

PLACIDIA Nunca a precio de sangre comprar quiero
mi porvenir. ¿Y habrá quien tal me exija?
¡Cuan infame, Vernulfo, mi alma fuera
si traición tan cobarde consentía!
El Rey ha poco perdonó a un romano...
¿Más noble el Rey que yo?... ¡Yo soy Placidia!
Cabeza por cabeza: le perdono.

VERNULFO ¡Alma por alma!... ¡No! De fijo un día

me lo has de agradecer.

PLACIDIA ¡Nunca!

VERNULFO *(Queriendo salir.)* La antorcha
sobre el muro pondré.

PLACIDIA *(Interceptándole el paso y gritando.)*
¡Mis guardias!

VERNULFO Grita,
y me pierdes.

PLACIDIA *(Suplicando.)* ¡Vernulfo!...

VERNULFO Es que he empeñado
mi palabra, Señora.

PLACIDIA *(Poniéndose delante de la puerta.)*
Pues bien, pisa
el cuerpo de Placidia, miserable.
¡Soy tu Reina!

VERNULFO ¡Oh, mi Reina! ¡No lo digas!

PLACIDIA *(Cerrando la puerta del foro y guardando la llave.)*
Puedes dar la señal.

VERNULFO ¡Maldición! ¡Guardias!

(Vernulfo va hacia la puerta cerrada y la Reina le contiene con un ademán.)

De mí no quieres nada: ni tu dicha.
Me mataré a tus pies, pero tú, parte.

PLACIDIA ¡Alma noble!

VERNULFO ¿Qué existe en tus pupilas
que envenenan y matan y enamoran?
Mas tú lloras, Placidia, ¡tú!...

PLACIDIA *(Fingiendo.)* No; mira:
serena estoy; mis ojos están secos;
y a ser verdad, por ti no lloraría.
¿Cuándo ha llorado un César por un bárbaro?

VERNULFO ¡Me matas!... ¡Esa puerta! ¡Aprisa, aprisa!
¡Dame la llave! ¡La señal aguardan
y el tiempo vuela!...

PLACIDIA ¡Basta!

VERNULFO ¡Qué agonía!
(Luchando por arrebatarle la llave.)
¡Veo sangre en redor!

PLACIDIA ¡Contra un ser débil!

VERNULFO ¡Y qué me importa a mí!

PLACIDIA No.

VERNULFO ¡Suelta!

PLACIDIA Mira:
(Arroja la llave al río.)
ya la guardan las aguas en el fondo;
detén el curso tú de la avenida.

VERNULFO (*Fuera de sí.*)
¿Qué has hecho? ¡Maldición! ¡Tú me has perdido!
¡Mi palabra de honor! ¡Satán te inspira!
¡Guardias!

PLACIDIA ¡Vernulfo!... ¡No!... (*Su licando.*)

VERNULFO ¡Romped la puerta!...
(*Se oye rumor de fuera.*)

PLACIDIA ¡Piedad! ¡Piedad!

VERNULFO ¡Son sierpes que me ligan
tus brazos!

PLACIDIA (*Oye abrir la puerta del cuarto de Ledia y apaga la luz. La escena queda oscuras.*)
¡Oh! ¡La luz!

VERNULFO ¡Por fin! ¡Me oyeron!

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos y LEDIA

(*Ledia avanza unos pasos, y no viendo a nadie, retrocede. Entre tanto Placidia, abrazada a Vernulfo, lo contiene con su pasión que estalla en este momento. Cada vez que Vernulfo intenta desprenderse de ella para llamar, Placidia se lo impide con un abrazo y un beso.*)

PLACIDIA (*Muy apasionada y en voz baja.*)
¡Calla!... ¡Te amo!...

VERNULFO (*Idem hasta el final.*) ¡Señora!

LEDIA (*A media voz.*) ¿No es Placidia
quien me llamaba?... No...

PLACIDIA (*En voz muy baja.*) ¡Te amo!

VERNULFO (*Ya vencido.*) ¡Yo sueño!

LEDIA (*A media voz.*)
Duerme...

PLACIDIA (*Besando a Vernulfo con pasión*)
Vernulfo; yo te adoro... ¡Olvida
tu orgullo, corazón! ¡Arde en amores!...

VERNULFO ¡Vencido estoy!... ¡Placidia!... ¡Mi Placidia!
(*Caen de rodillas, abrazados.*)

Telón rápido

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gran sala con galería practicable en el foro. Puertas a los lados. Una ventana en primer término. Trono; trofeos militares. Es de día

ESCENA PRIMERA

ATAULFO *sentado en el trono.* VAROGAST, SIGERICO, VELIA, NOBLES

VELIA

Ya lo sabes, Señor: luchar queremos
contra la inícua Roma; nuestras armas
durmieron harto tiempo en el olvido.
Escucha el Barentín: no es de sus aguas
el murmullo que llega; no: es el eco
de la voz de Alarico que nos manda
el yugo sacudir. Allá en Consencia,
recuérdalo, en su tienda de campaña,
en el lecho postrado, moribundo,
y el alma en sus pupilas asomada,
el noble Rey te dijo: «No dés tregua
al romano. Mi vida ya se acaba.
Entierra en sitio oculto mi cadáver;
en sitio tan oculto, que las plantas
de las hienas del Lacio no profanen.»
Aquella noche, Rey, la tropa esclava
de Roma, siempre a tu mandato dócil,
trabajó; y al rayar de nuevo el alba,
del Barentín las aguas cenagosas
por nuevos cauces iban desviadas,
y en el fondo del álveo, en negra tumba
el cuerpo de Alarico reposaba.
Lento ascendía el sol; resonó un cuerno,
y obediente a su voz, la turba ignara
de los esclavos acercóse al muerto.

Tornó el cuerno a vibrar, y acribillada
por nuestros dardos sucumbió allí mismo.
Cuando el cuerno sonó tras esta hazaña
por la tercera vez, la tierra en torno
pareció estremecerse: toda el agua,
abatiendo los diques, encauzóse
nuevamente en el río; en su pujanza
sepultó para siempre los despojos
de Alarico el gran Rey, y atropellada
llevóse en turbulentos remolinos
los cuerpos frios de la chusma esclava.
A ejemplo tuyo, la aguerrida hueste
con fervor en la orilla se postraba...
a ejemplo tuyo a Roma maldecían,
y locos de furor, ebrios de saña,
«¡Abajo Roma!» como tú rugieron,
y cual tú persignábanse en el agua.
¿Por qué allí mismo en vez de aquella chusma
no pereció, gloriosa, nuestra raza?

VAROGAST ¡Guerra al romano! ¡Guerra!

ATAULFO (¡Me enardecen!)

VELIA Escucha el Barentín: ¡no es de las aguas
el murmullo que llega!... Esta es la hora.

(Sigerico, con un ademán, le impide proseguir.)

VAROGAST ¿Por qué dejar las nieblas de la patria
y vivir cual vencidos?

ATAULFO Compañeros:
mi corazón más que mi lengua os habla.
Esta calma es falaz, cual la del cielo
que en pleno estío tempestad presagia.
Bien pronto va a estallar. En la contienda
que sostenemos con valor, la raza
de Alarico en nosotros aun perdura.
No nos vencieron: si en la noche plácida
se acogen y descansan soñolientas
allá en las cumbres las potentes águilas,
cuando nace la luz alzan el vuelo
sobre las nubes sus soberbias alas.
Hoy brilla el sol: es nuestro el gran Imperio;
todos los pechos el rencor inflama.
¡A caballo, mis huestes! Yo deliro
como vosotros, por luchar.

SIGERICO ¡A Italia!

ATAULFO ¡A caballo, os he dicho! ¿Quién se atreve
ante su Rey a dirigir las armas?

VAROGAST ¡Nos insulta el romano!

SIGERICO Y le perdonas.
VAROGAST ¡Guerra!
NOBLES ¡Guerra!
VELIA Señor ¡muerte y venganza!
ATAULFO Apartad. ¡Soy el Rey! Mientras conserve
un hálito de vida y una espada,
llevaré con mi mano el gran Imperio
como llevo el corcel.
(Por su corazón.) Viento eres: manda.
(Señalando a los nobles.)
Onda eres: obedece.
SIGERICO *(Por su corazón.)* (¡Espera! ¡Espera!)
VAROGAST ¡Señor!...
ATAULFO ¡Callad!
VELIA ¡Se corrompió la patria!
ATAULFO ¡Basta! ¿Quién es? ¿Por qué no avanza firme
el que el día anterior a la batalla
cual vil mujer la lengua no contiene?
Ya sé también que hay labios que se afanan
para besar mi diestra y que rebosan
de ponzoña mortal. ¿Por qué a mis plantas,
si está aquí el corazón? ¿Por qué en la noche,
si en la luz estoy siempre?
SIGERICO *(A su corazón.)* (¡Espera, calla!)
ATAULFO Me conocéis: combato noblemente
como mi padre me enseñó en la infancia:
la frente erguida, descubierto el rostro,
cuerpo a cuerpo... ¿Por qué los que difaman
las virtudes de Roma, más que en ellas
se educan en sus vicios?
VAROGAST Tus palabras
nos ofenden, Señor.
SIGERICO *(Con recelo.)* Si tú conoces
a los traidores, dilo: los señalas,
y a tus pies morirán.
ATAULFO Para los Judas,
mi desprecio tan sólo. Ya le basta
el tormento del miedo al que se esconde.
SIGERICO (Nada sabe.)
ATAULFO El momento de la marcha
para los godos fieles ha llegado.
Mis órdenes sabréis.
(A Marcio.) Tú me acompañas.

(Vanse el Rey y Marcio por una puerta, y algunos Nobles por el foro.)

ESCENA II

SIGERICO, VAROGAST, VELIA *y* NOBLES

SIGERICO Todo es en vano, Rey; a Barcelona
no volverás. ¡Oh, Dios de las venganzas!
¡Haz qne pronto se cumplan mis designios!
¡La sombra de mi padre ansiosa aguarda!

VAROGAST Lo dijo él mismo: la hora se aproxima.

SIGERICO Amigos: junto al Rey siento que el alma
se me envilece aquí. ¿Por qué no siego
la vida del traidor con esta espada?

VAROGAST ¡Desdichado de quien al Rey hiriera
cuando va a levantarse contra Italia!
Él mismo, a no tardar, verá en los suyos
la discordia cundir; podrá la rabia
mucho más que el respeto; en la revuelta
contra su Rey se arrojarán, y el arma
podrás hundir entonces en su pecho.
De lo demás... los nuestros ya se encargan.

VELIA Y si el Rey...

SIGERICO ¿Qué?

VELIA ¿Si el Rey nos condujera
contra Roma?...

SIGERICO ¡Jamás!... ¡No puede!... ¡Calla!

VELIA ¿Qué sabéis de Vernulfo? Aquella noche
faltó a su juramento.

VAROGAST No; a la patria
nunca ha sido traidor.

SIGERICO No desmayemos;
como godos obrad: caiga quien caiga.

VAROGAST Decide.

VELIA Ordena pues.

VAROGAST Mi vida es tuya.

SIGERICO Obedeced al Rey.

VELIA Tú nos lo mandas...

SIGERICO Cuando llegue el momento más propicio
yo os llamaré; entre tanto tened calma.
Entonces, sobre el orbe, de esa impía
ciudad inmunda, cuyo hedor nos mata,
ni rastro ha de quedar. La enterraremos
y el rastro borrarán nuestras pisadas.

ESCENA III

VERNULFO *y* LEDIA, *que sale de las habitaciones interiores*

VERNULFO ¡Ha sonado el clarín!.. Huestes guerreras...
LEDIA ¡Vernulfo!
VERNULFO ¿Eres tú, Ledia?
LEDIA ¡Te esperaba!
¡Cuánto tardaste!
VERNULFO ¡La ventura os traigo!
Sí, Ledia, sí; ¡Vernulfo es quien la salva!
LEDIA ¡Dios de piedad! ¡Cuando Placidia sepa
que estás aquí!... La ruta de su patria
desde esta sala contempló cien veces
esperando tu vuelta.
VERNULFO ¡En mí aguardaba
tan sólo al mensajero de sus lares!
¡Oh, Ledia, si supieras!... En mi alma
constantemente vive, hasta en mis sueños...
¡Placidia!... ¿En dónde está?...
LEDIA ¿De lo que pasa
nada sabes, Vernulfo?
VERNULFO El Rey despierta
y sus huestes dirige a la batalla.
LEDIA La Reina suplicó...
VERNULFO ¡Si él nos ayuda!
¡Que no contenga al Rey! Ni una palabra...
LEDIA *(Con ansiedad.)*
Dime. Cuenta.
VERNULFO Caduco, en la agonía,
hallé el Imperio de Occidente en Rávena.
LEDIA *(Con desesperación.)*
¡Pobre Placidia!...
VERNULFO Un godo, tan abrupto
como las selvas de esta hermosa patria,
un godo a quien la Reina menosprecia
la ansiada libertad trae a sus plantas.
LEDIA ¡Vernulfo! ¡Tú!
VERNULFO *(¡Para ella son la vida
y para mí la muerte estas palabras!)*
Corre al instante...
LEDIA Espera...

VERNULFO ¡Vuela el tiempo!...
En la costa, y al pie de esa montaña
que bate el mar, hay una nave: es mía;
en una rada la compré de Italia
con todo el oro que junté ambicioso...
La tripulan romanos. Cuando partan
confiados el Rey y sus guerreros,
iréis las dos.

LEDIA ¡Voy a advertirla! ¡Gracias!

VERNULFO *(Deteniéndola y con pasión.)*
Antes la quiero ver.

LEDIA En mí confía. *(Vase.)*

VERNULFO (¡Dónde hallaré valor para dejarla!) *(Vase.)*

ESCENA IV

ATAULFO

ATAULFO Dispuesto estoy: no tuerzo mi camino.
¡No lo puedo torcer, ni debo! Basta
de soñar en sus brazos. Nueva vida
me invade el corazón; a mis pies caiga
el Imperio agostado por los siglos
y reine yo con ella entre dos razas.
Satisfaré mi amor y veré entonces
a la Gothia felíz y vindicada.

ESCENA V

ATAULFO; PLACIDIA *y* LEDIA *entran hablando*

PLACIDIA *(Con alegría.)*
¡Oh, cuán dichosa soy, Ledia!

LEDIA *(Indicándole silencio.)* Señora,
¡por piedad!

PLACIDIA Mas... ¿Vernulfo?...

LEDIA ¡El Rey!

PLACIDIA ¡Oh¡ Calla.

ESCENA VI

PLACIDIA *y* ATAULFO

ATAULFO ¡Perdóname, Placidia!
PLACIDIA ¿Contra Roma
tu gente llevarás?
ATAULFO Cierto; lo mandan
mi corazón y mi conciencia.
PLACIDIA Un día
reducir a mi hermano deseabas
por simple persuasión. ¡No eres el mismo!
ATAULFO ¿Qué más puedo yo hacer? Han sido vanas
mis súplicas. ¡No cede! Ante su orgullo
se revuelve el orgullo de mi raza.
(Pausa.)
Recuérdalo, Placidia. Sólo ruinas
eran los pueblos de la triste Italia,
y frente a mi grandeza, los romanos
en el polvo sus rostros sepultaban...
Un día, entre las gentes en tumulto,
sublime en su altivez, fiereza y rabia,
erguida tu figura vi de pronto:
nubláronse mis ojos, y mi alma
voló en pos de la tuya. Por tu dicha...
por tu orgullo... por mi amor. ¡Oh, cuánta
ruindad en mi pecho desde entonces!
PLACIDIA (¡Por ti, Roma, por ti, y eres ingrata!)
ATAULFO Bajo mis pies moría el gran Imperio
y reanimóse cuando alcé la planta...
¡Y no bastó! Llevé a un rincón de Iberia
mi gente. ¡Y no bastó! Yo mendigaba
cual vil, cual hembra, la amistad de Honorio
del trono al pie, para evitar tus lágrimas!...
¿Quién vió rogar al vencedor, de hinojos,
a un vencido que el ruego desdeñara?...
PLACIDIA (¡Ay de él, si como entonces, sólo Roma
fuese mi amor!)
(Se oye un toque de guerra.)
ATAULFO Es la señal...
PLACIDIA ¡Oh, patria!
ATAULFO ¡Adiós!
PLACIDIA (¡No ha de partir! No he de dejarle;

siempre con él; yo mataré en mi alma
la maldita pasión!) Creíme fuerte
para verte alejar: y ahora me falta
valor. ¡Oh, Rey! Jamás...
(Tendiéndole los brazos.) ¡Este es tu sitio!
¡No rompas estos lazos que nos atan:
que al caer tras tu paso esta cortina,
la eternidad entre ambos se levanta!

ATAULFO ¡Oh, déjame, Señora!... Si te oyera,
presto los mios contra mi se alzaran
sin piedad, decididos... No imagines
que los conduzca yo, no: a la batalla
me empujan ellos.

PLACIDIA Tus flaquezas.

ATAULFO Arde
su sangre.

PLACIDIA No; es la tuya que desmaya.

ATAULFO ¿Por qué envidiar eternamente a Roma?
Que crezcan los dos pueblos; son dos plantas
Roma y la Gothia; han de enlazar un dia
las raíces en tierra; allí las ramas.
(Señalando al cielo.)

ATAULFO ¡Siempre Eva para mi!

PLACIDIA De ti depende
verme cambiada por tu amor. No partas,
y seré siempre tuya. ¡Oh, si supieras!
(Casi delatándose.)
¡Si a Oriente vas, oh Rey, mira la playa!

(Calla al ver llegar a Marcio, aterrada por lo que iba a revelar.)

ESCENA VII

Los mismos y MARCIO. *Después,* VERNULFO

ATAULFO *(A Placidia, esperando lo que iba ella a decirle.)*
¿Dices?...

MARCIO Señor...

PLACIDIA *(Queriendo decir que hablaba por las tropas.)*
Tus tropas... ¿ves?

MARCIO *(Llevando a Ataulfo a un lado de la escena.)*
Murmuran
de tu tardanza.

PLACIDIA (¡Oh, Dios, me delataba!)
(¡Yo debo detenerle!)

VERNULFO *(Entra precipitadamente. En el otro lado de la escena, dice muy quedo a Placidia.)*
Oye, Señora:
nos descubren, de fijo, si el Rey tarda.
¡La nave espera!

PLACIDIA ¡Corre!... *(Vase Vernulfo.)*
(Su presencia
me enardece otra vez. ¡Amor, malhayas!)
(Vase Marcio.)
(Sí, sí; debo partir. ¡Valor no tengo
para afrontar su vista!...)

ATAULFO Lo esperaba:
si me detengo, estalla formidable
el volcán de sus pechos.

PLACIDIA Ponte en marcha.
Lo ha querido el infierno; ve, no dudes.

ATAULFO ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Bien sabes que en el alma
siento dejarte!

PLACIDIA ¡Abrázame!

ATAULFO ¡Placidia!...

PLACIDIA Si ese adiós fuera eterno...

ATAULFO ¡No!...

PLACIDIA Si aciaga
la muerte...

ATAULFO ¡Allá! ¡En el cielo!

PLACIDIA ¿Me perdonas...
las ofensas, Señor?

ATAULFO ¡Placidia amada!...
¿Me perdonas... ser godo?

PLACIDIA Sí, sí. Parte.

ATAULFO Yo volveré a tus brazos.

(En el momento de salir, entran algunos Nobles y soldados, capitaneados por Marcio.)

PLACIDIA *(Secando rápidamente las lágrimas y señalando al cielo.)*
Nuestras almas
se unirán algún día. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Ataulfo, Sigerico, Varogast, Velia, Marcio *y* Nobles

Ataulfo — Marcio...
Marcio — Esperan impacientes.
Ataulfo — Llegó la hora anhelada. ¡A Italia!
Nobles — ¡Sí!

(Mucha agitación hasta el final de la escena.)

Ataulfo — Seguidme. Si desmayo, pisad mi cuerpo y proseguid la marcha.
Sigerico — (¡Oh, maldición!)
Un noble — Señor: de nuestras vidas disponed.
Sigerico — *(Con desesperación.)* ¡Varogast!...
Varogast — *(A Sigerico.)* ¡El Rey se salva!
Nobles — ¡Viva Ataulfo!
Placidia — No. ¡Viva la Gothia! ¡Seguidme todos! *(Vase.)*
Nobles — *(Ya fuera de la escena.)* ¡Viva el Rey!

(Van saliendo todos, Velia y Sigerico los últimos.)

Sigerico — ¡Oh, rabia! ¡El entusiasmo cunde!
Velia — ¡Hasta tú gritas!
Sigerico — Sí: ¡con las uñas en el pecho hincadas!

(Van extinguiéndose los gritos durante la escena siguiente.)

ESCENA IX

Placidia

Placidia — Se alejan todos... Por no oir sus voces,
quisiera ensordecer. ¡Oh! me anonada
su partida fatal. ¡Es que se llevan
girones de mi vida!... ¡Se acobarda
mi corazón, que era invencible!... Ahora

es piedra enorme que a mi cuerpo atada
me empuja hacia el abismo... Si del pecho
arrancarlo pudiera, lo arrojara
contra los cielos... ¡Oh!... ¡Perdón, Dios mío!
(Se sienta y no ve a Vernulfo hasta que lo indica el diálogo.)

ESCENA X

PLACIDIA *y* VERNULFO

VERNULFO *(Avanza lentamente, con vacilación.)*
(¡Alma mía, valor!)
PLACIDIA (¡Dios: tú me amparas!)
VERNULFO (¡Sol que te vas, no he de volver a verte!
¡Qué hermosa está!... ¡Mi espíritu se embriaga
bañándose en su luz!... ¡Ardiente efluvio
mi ser envuelve que del suyo emana!...
No es sólo el corazón quien la codicia:
las fibras todas de mi ser se exaltan...
Con la suya mi hirsuta cabellera
entrelazarse anhela... ¡Oh! ¡Nuestras almas
yo quisiera fundir en una sola,
cual dentro del crisol sobre las llamas
dos metales se funden, y revueltos
hierven sin tregua cual brillante lava!)
PLACIDIA *(Levantándose resuelta.)*
(A la nave: si freno de los godos
no pude ser, alentaré a mi raza.)
VERNULFO *(Acercándose y deteniéndose de pronto.)*
(¡Me siento avaro de este dulce instante
que a perder voy!...)
PLACIDIA *(Con alegría interna que reprime de pronto.)*
¡Vernulfo!
VERNULFO ¡Reina!...
PLACIDIA Gracias,
pues has vuelto.
(Vernulfo quiere besar su mano y ella no lo consiente.)
VERNULFO *(Suplicando amoroso.)*
¡Placidia!...
PLACIDIA *(Accediendo.)* Sí, Vernulfo.
VERNULFO *(Temeroso.)*
Mas... tú... Señora...

PLACIDIA (*Fingiendo serenidad y con orgullo.*)
Yo con toda el alma
la tuya he perdonado. ¡Pero olvida
que loco te abrasastes en la llama
de mis amores, nunca!... ¿Es ya la hora?

VERNULFO (*Fingiendo serenidad.*)
Sí.

PLACIDIA Pues...

VERNULFO (¡Ah, cielos, que el valor me falta!)

PLACIDIA (¡Le daría en un beso mi existencia;
la fe del alma mía... todo!)

VERNULFO (*Fingiendo siempre.*) Marcha.
Tu rostro cubre con tupido velo
y, con Ledia no más, corre a la playa.
Del castillo mayor junto a los muros,
cantando una canción dulce de Italia,
verás dos marineros; diles «Roma»,
y a la nave con ellos... ¡Libre!

PLACIDIA (*Con efusión.*) ¡Gracias!...
¡Adiós!

VERNULFO ¡Adiós! (*Sin moverse ninguno de los dos.*)

(*Estalla la pasión entre ambos y crece a medida que la escena llega a su fin.*)

PLACIDIA ¡No! ¡No!... ¡Yo moriría
si te dejara así!... ¡Mírame!

VERNULFO ¡Aparta!

PLACIDIA ¡La sangre se me hiela en el instante
cruel en que el destino nos separa!

VERNULFO ¡Te vas sin mí!... ¡Placidia!... ¿Me condenas?...
¡Piedad!

PLACIDIA ¿Lloras?... ¡Tú!...

VERNULFO Sí. ¿Por qué ocultarlas?...

PLACIDIA ¡Amor!...

VERNULFO Son las primeras de mi vida.
¡Mis padres en el cielo aun las reclaman!
(*Muy humilde.*)
El camino es muy largo; los peligros
abundan en el mar... ¿Quieres mi guarda?

PLACIDIA La de Dios solamente.

VERNULFO Hasta la costa
no más; al ver tu patria, entre las aguas
sepultaré mi cuerpo; te lo juro;
y desde el fondo, mi postrer mirada,
de tu nave veloz buscará el surco
y el onda que tu imagen reflejara.

PLACIDIA El cielo no lo quiere. Tengo fuerzas

para romper el lazo que nos ata,
mas no para vivir al lado tuyo.

VERNULFO Noble mujer... ¡divina más que humana!
¡De un César hija, emperatriz naciste;
y yo no alcanzo ni a besar tus plantas!

PLACIDIA Nací para el dolor. ¡He visto a Roma
del Rey godo a los pies... y yo su esclava!

(Con desesperación.)

Pero hasta ayer mi voluntad entera
para los míos fué... ¡Suerte aciaga!
Cada vez que Ataulfo entre sus brazos
estrechaba mi cuerpo, yo robaba
pedazos de su Imperio, lentamente.
¡Vencida estoy al fin, porque me abrasa
y subyuga tu amor!

VERNULFO ¡Placidia!

PLACIDIA *(Cogiendo con fiereza entre las manos la cabeza de Vernulfo y mirándole fijamente.)*
¡Mírame!
Mírame bien; así. ¿Qué hay en tu cara
y en tus ojos de fuego que enloquece?
Quizás el alma fiera de tu raza,
del sepulcro salida, se concentra
toda en tu ser, para vencerme. ¡Aparta!

VERNULFO ¿Te causo horror?

PLACIDIA ¡Atrás!... ¡Te odio!... ¡Soy fuerte!...

(Se precipita en sus brazos llorando.)

No, no, Vernulfo. ¡Te amo!...

VERNULFO ¡Me embriagas!

PLACIDIA Ahora... valor. ¡Adiós!

VERNULFO ¿Ya?

PLACIDIA Adiós.

(Dudando, retrocede y le coge las manos con vehemencia.)

¡Oh... dime!...
¿A otra amarás después de mí?...
(Vernulfo se desprende de Placidia.) ¡Ven!... ¡Habla!

VERNULFO Sí, Placidia... ¡a la Muerte!...

PLACIDIA ¡Adiós!... ¡Te dejo,
Vernulfo, el corazón!

VERNULFO ¡Te llevas mi alma!

ESCENA XI

VERNULFO

VERNULFO Mas no, que aun en mí clavada resta
y aletea cual ave atravesada
por saeta cruel. Ya no la veo.
Perdióse tras las peñas, que muralla
parecen de un sepulcro... Allí, la vida;
¡la muerte en torno mío!... ¡Y ella avanza!
¡De sus pasos aquí percute el ritmo!...
(Por su corazón.)
¡No la veré jamás! Ni nuestras almas
se hallarán en el cielo. Ahora mi vida
debe extinguirse ya. ¡No hay esperanza!
(Sacando del pecho un pomo y mirándolo con amor.)
¡Veneno embriagador: tú no me dejas!
Tú solo me eres fiel; con tu constancia
a la muerte te igualas. Del Danubio
en la margen feraz, mi madre amada
en mis manos te puso al despedirme.
«¡Hijo mío!» exclamó. «Si ante tu patria
tú delinquieses, el fatal tributo
paga a mi amor, que una existencia honrada
con mi vida te dí: busca la muerte.
El filtro que te entrego, en las montañas,
al par que apacentaba las ovejas,
recogí cuando niño te arrullaba.»
Yo por Placidia delinquí, y cien veces
por complacerla a delinquir tornara.
Infíltrate en mi ser, mortal ponzoña,
que con tu beso me darás la calma.
¡El beso es de mi madre, y es el único,
después del de Placidia, que añoraba!
(Apura el contenido del pomo.)
¡Todo acabó!... ¡Qué importa!...
(Con desesperación.) ¡Todo vive!...
¡Quiero vivir también!
(Agitado.) ¡Espera!... ¡Calma!...
Mejor estoy así. *(Se arrodilla.)*
Desde este sitio
divisaré la nave. ¡Si retarda,
no la verán mis ojos!... ¡Oh! Se extiende

la noche... No. ¡Es la muerte, que ya avanza!
Siento aquí fuego... *(Por su pecho.)*
(Voces fuera.) Si será... ¡La fiebre
voces engendra en mi cerebro, extrañas!
(Creyendo que va a morir.)
¿Me muero?... ¡Aun no!...

ESCENA XII

VERNULFO *y* ATAULFO

ATAULFO *(Desde dentro.)* ¡Placidia!...
VERNULFO ¿Quién la nombra?...
Me pareció... Quizás...
ATAULFO ¡Placidia! *(Entra.)*
(¡Oh, rabia!...
¡Detenerme querían esas turbas!...)
VERNULFO (¡Un soldado!... ¡Es el Rey! ¡Suerte nefasta!
¡No puedo ahora morir! ¡La vida anhelo!)
ATAULFO (¡Ella huir para siempre!)
VERNULFO (En vano clamas.
¡Con mi cadáver retendré yo el tuyo!)
ATAULFO ¡Vernulfo!... ¿Mi Placidia?... Que intentaba
partir dijeron. ¿Eso es cierto?... ¿Sabes?...
Dime...
VERNULFO (¡Si habrá zarpado!... Cielo. ¡Sálvala!)
ATAULFO ¡Abre paso!
VERNULFO No. Escucha. ¡Lo sé todo!...
ATAULFO ¡Habla!...
VERNULFO (¡Voy a morir!) ¡Oh, Rey!...
ATAULFO ¡Tu cara
semeja la de un muerto!... ¡Aciago día!
¡En rebelión las huestes me acorralan!
VERNULFO Ven más cerca... Más...
ATAULFO Dime: ¿Mi Placidia?...
VERNULFO ¡Más cerca aún!... ¡Aquí, al oído!...
ATAULFO ¡Acaba!
VERNULFO (¡Madre, cúbrete el rostro!)
(Hiriendo al Rey.) ¡Muere!
ATAULFO ¡Ah!... ¡Contra...
tu... Rey... *(Muere.)*
VERNULFO ¡Parta la nave!... ¡Está salvada!...
¡Puedo morir!

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos y SIGERICO, VAROGAST, VELIA *y* NOBLES. *Después* PLACIDIA, *entre soldados*

(Aparece primero Sigerico blandiendo la espada; siguen las turbas las cuales ocultan los cuerpos de Ataulfo y Vernulfo antes que él los vea.)

SIGERICO — ¿El Rey? *(Buscándolo.)*

VAROGAST — *(Viendo el cadaver del Rey.)* ¡Muerto!

(Murmullos de Nobles y soldados.)

VELIA — *(Mostrando a Sigerico el cadaver del Rey.)* Sí. ¡Mira!
¡Ya no existe!

SIGERICO — *(Dudando.)* ¡Dejad!... ¡Mientes! ¡Aparta!
¡Cielos! ¡Él es!... ¡Traición!... ¡Suerte funesta!...
¡Sarcasmo del infierno!

(Mirando en torno y como preguntando.)

¡Y mi venganza!
¿La Reina?...

VAROGAST — La prendieron.

VERNULFO — ¡Qué!... ¡Placidia!...
Di: ¿dónde?

TODOS — ¡Muera!

VELIA — *(Viendo llegar a Placidia.)*
¡Muera la romana!

PLACIDIA — ¡Dejadme!... ¿El Rey?...

SIGERICO — ¡Yo soy el Rey!

PLACIDIA — ¡Tú!...

SIGERICO — *(Mostrándole el cadáver del Rey.)* ¡Cierto!

PLACIDIA — *(Viendo el cadáver del Rey.)*
¡Ah! *(Viendo a Vernulfo y corriendo hacia él.)*
¡Vernulfo!

VERNULFO — ¡Placidia!...

PLACIDIA — ¡Vernulfo! Habla:
¿no me ves?

VERNULFO — Sí... ¡Me muero!

PLACIDIA — *(Abrazándole.)* ¡No me dejes!

TODOS — ¡Muera!

VERNULFO — *(Incorporándose.)*
¡Qué! ¿Contra una mujer las armas?...
¡Venid: a mí!... *(Queriendo que le hieran a él.)*

PLACIDIA ¡Vernulfo!

VERNULFO ¡Miserables!... *(Muere.)*

PLACIDIA ¡Cielos!

¡Matadme! *(A los soldados.)*

SIGERICO *(Conteniéndolos)* ¡Lejos!... ¡Es mi esclava!

PLACIDIA ¡Mi corazón es Roma! ¡Heridme todos!

SIGERICO ¡No!

PLACIDIA ¿Que teméis? ¡Aquí vuestras espadas!

(Los soldados se precipitan sobre Placidia, ocultándola a la vista del público. Ella da un grito agudo.)

Telón rápido

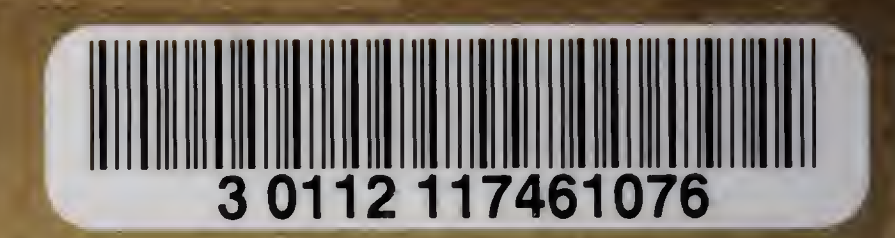
FIN DE LA TRAGEDIA











BONAVÍA Y DURÁN
IMPRESORES
Boquería, n.º 20 :: BARCELONA

DOS PESETAS